

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van
Der Mersch Libro Segundo Primera
Parte Cap Tulos 1 Al 4**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Catherine Hebert (Crossett)** - - - - LIBRO SEGUNDO. AMAR AL PRÓJIMO ES AMAR A DIOS. PRIMERA PARTE. CAPÍTULO PRIMERO. Michel Preparaba sus últimos exámenes y terminaba su tesis. Desde fines de mayo, Mariette había súbitamente interrumpido sus visitas y sus cartas. Este silencio comenzaba a inquietar a Michel. Propúsose en su tesis utilizar sus observaciones sobre la curación de Evelyne, pero Domberlé no se lo aconsejó. —No es lo bastante clásico —le dijo—. Es inútil intentarlo. Busque algo menos revolucionario. Michel se contentó, pues, con un estudio sobre la frecuencia del infarto del lóbulo izquierdo del hígado en los tuberculosos, extendiéndose respecto a los síntomas característicos de la misma: la sensibilización de la cavidad del estómago, el tinte encarnado de las uñas y la opacidad del pulmón derecho. Lo que corroboraba las afirmaciones de Domberlé: «La tuberculosis es, en la mayoría de los casos, el resultado de abusos en la alimentación» Después de sus horas de laboratorio en casa de Norf, Michel pasaba el resto de su tiempo en Saint-Cyr, o al lado de su mujer, o de los tuberculosos, o de Domberlé. A este último sitio iban también, en el «201» artísticamente pintado por el propio Tillery, éste, Choute y las dos gemelas. —El esmalte. ¡Duco auténtico, amigo! —afirmaba Tillery dando golpecitos con su índice a los guardabarros ligeramente abollados. Era un obsequio de un tendero, un cliente agradecido. »Y en cuanto al tapizado, es el producto de una rabiosa escarlatina que cogieron los chiquillos de la propietaria de la mercería donde me surto y que me costaron ¡palabra! algunas visitas nocturnas. La buena mujer quería regalarme la tela, pero me la vendió por muy poco dinero. ¡Qué feliz era Tillery con su Choute y las dos niñas, sus preocupaciones de corto alcance, sus dramáticos fines de mes, su sempiterno optimismo y su buen corazón bajo su aparente despreocupación! En cuanto a la señora Tillery, cuidaba magníficamente a las dos gemelas haciendo caso omiso de los innumerables consejos médicos con que su marido la abrumaba. De todos modos, Tillery se confesaba incapaz de administrar a sus vástagos el menor cuidado útil. —Ni siquiera bañarlos con agua tibia —confesaba a Michel—. ¡Me tiemblan las manos! Con más facilidad te abriría a ti el abdomen desde el pubis hasta el gaznate. — No lo dudo —dijo Michel. A la sazón recibió Michel una carta de Belladan, el antiguo interno de «L'Egalité». Belladan abandonaba la medicina. No se ganaba la vida. Laureado en los exámenes, infinitamente más capacitado que Tillery, había encontrado el medio de comerse cien mil francos vegetando en el mismo barrio de Angers donde Tillery, el quimérico y despreocupado Tillery, con su limitado caudal de sabiduría, su buen humor y conocimiento del «pópulo», había antaño prosperado. Belladan había obtenido un empleo en los Seguros Sociales con un salario fijo. No tendría ya que enfrentarse con hombres, sino con números, cosa más fácil. Incidentalmente un pasaje de la carta decía: «Desde la muerte de Mariette... » Así enteróse Michel del fallecimiento de su hermana. Escribió a su padre, pero éste no le contestó, por lo que Michel tuvo que preguntar a Belladan detalles acerca de la muerte de Mariette. Al dolor que experimentaba Michel venían a sumarse las preocupaciones materiales. Hasta aquel momento había recibido gran ayuda de Mariette, que ahora le faltaría. Contaba trabajar uno o dos años al lado de Norf y solicitar luego una plaza en un sanatorio. Entretanto sus ingresos como ayudante eran insuficientes. Evelyne mejoraba. Era preciso establecerse lo más pronto posible, presentar sus tesis y hacerse una clientela para poder vivir. En el sanatorio, Domberlé proseguía su obra en medio de la incomprensión general. Sus enfermos le hacían la vida imposible. Al no darles carne cruda aseguraban que se proponía hacerles morir de hambre para disponer de camas vacantes. Hartábanse de todas las porquerías imaginables, que recibían por mediación de cómplices de fuera, o arrojadas por encima de las paredes o transmitidas de un pabellón a otro por medio de inverosímiles sistemas de

cordeles. Con frecuencia, los «politiqueros», los que habían ingresado por un favor especial, por recomendación de un diputado o simplemente de un edil municipal, iban a quejarse al director. Entonces, éste, asustado, porque él mismo dependía de tal diputado o consejero municipal, llamaba a Domberlé a su despacho, le hacía una escena y acababa por exigirle que se implantara de nuevo el régimen «de todo el mundo». Luego, en el pabellón infantil, Domberlé mandaba retirar los guisantes, las alubias, las conservas, el pescado y las confituras ácidas. ¿Con qué derecho hacía tales supresiones? ¿Con qué derecho pedía tan a menudo, queso, patatas y ensalada? ¡Torpedeaba el presupuesto! Por culpa suya había la amenaza de un déficit. Aquello era intolerable. Domberlé había cesado ya de discutir. A los enfermos que le pedían carne y drogas se las hacía servir inmediatamente. A los otros, a los que se prestaban voluntariamente, les sometía a régimen. Al notar en éstos una mejoría en su estado, algunos otros se dejaban convencer, sobre todo después de pasada una crisis aguda, con hemorragia o vómitos de sangre. Entonces, aterrados, cedían a todo. Sin embargo, Domberlé podía actuar con más libertad en cuanto a los niños. Éstos eran numerosos. París nutría abundantemente el sanatorio, donde enviaba los lamentables desechos de una civilización devoradora: pobres rapazuelos alimentados desde la cuna con leche adulterada, con unas gotas de absenta para hacerles dormir, y cuya posterior alimentación consistía especialmente en pan, vino tinto y salchichón. Hasta el punto de que había en el sanatorio tuberculosos de cuatro o cinco años a quienes se había aplicado el neumo. Chiquillos de los suburbios y a menudo hijos de extranjeros, producto de esos emigrantes de quienes nuestra tierra esterilizada por la irreligiosidad y el alcohol, se ve obligada a recabar ayuda y que, hacinados en viviendas insalubres, intoxicados, corrompidos por la vida en las ciudades y los altos salarios mal empleados, contribuyen a arraigar entre nosotros retoños tarados por nuestra culpa. No faltaban tampoco niños acogidos a la Asistencia pública. Una veintena de ellos, que no conocían a sus padres, morían tuberculosos en el sanatorio o reingresaban, se curaban, en los hospitales de la Asistencia. Su marcha apenaba siempre a Michel. Sabía que desde el punto de vista material recibirían buen trato por parte de la Administración; pero ¿y los demás? ¿aquellos rapaces de los suburbios parisienses que salían curados y que de vuelta a su casa volverían a encontrar el foie-gras, el vino tinto, el cine y la taberna? Cuando uno de aquellos chiquillos había mejorado, tenía uno la impresión de que se había llevado a cabo un grande inútil esfuerzo. ¿Por qué afanarse si con frecuencia reingresaban al cabo de tres meses para morir? Cosa curiosa, no se notaba la menor tristeza en aquellos pobres seres. Ni siquiera se daban cuenta de su miseria. Jugaban, reían y gritaban. Parecía uno encontrarse en el patio de una escuela. Sin embargo, muchos de ellos estaban allí abandonados. Sus madres se habían olvidado de ellos y no iban a verles, o se negaban a llevarse los a su casa porque convivían con un amante a quien no le gustaban los niños. Pese al administrador, al director y a los cocineros, Domberlé se las arreglaba como podía para que aquellas pobres criaturas no ingirieran la incendiaria alimentación del sanatorio. De su propio peculio compraba un poco de chocolate. Algunos de sus internos y alumnos adquirirían una caja de plátanos o de frutas, o sobornaban al jefe de cocina para obtener fraudulentamente un suplemento de patatas y ensalada. Para cocer y desconcentrar las legumbres verdes, el viejo médico había habilitado como cocina la pequeña enfermería que existían al final de cada pabellón, y disponía de un hornillo de gas, agua potable y fregadero que solía servir para preparar las cataplasmas y las tisanas. Para la cura al aire libre y ejercicios físicos, los propios internos, alumnos y hospitalizados habían limpiado un espacioso campo valiéndose de viejos rastrillos y de cubos para el carbón. Se suprimieron los calzoncillos. Echando mano de los vendajes, Domberlé mandó fabricar bañadores para los muchachos, bragas y sostenes para las chicas. Envío a Michel al «Louvre» o al «Printemps» con el encargo de comprar una partida de sombreros pasados de moda a cinco francos la docena. Así cubiertos, los chiquillos, desnudos y con la piel bronceada, semejaban, bañados por el sol, enormes y multicolores setas. Domberlé los contemplaba sonriendo, dibujando entre los flecos de su barba gris una sonrisa de felicidad. Domberlé trataba de aplicar a sus pequeños enfermos los incomparables métodos naturales del ejercicio físico preconizados por Georges Herbert. Pero carecía de elementos hasta el punto de que se utilizaba un viejo poste telegráfico para mástil trepador. Domberlé ayudaba a los pequeños empujándolos por el trasero. A falta de pórtico se hacía pasar la cuerda por encima de una puerta abierta. Los chiquillos se colgaban de ella durante diez minutos. Con cubos y una manguera se instaló una especie de baño ducha así, con tal pobreza de medios pero con el corazón alegre, con un poco de aire puro, de sol, de ejercicio y de alimentación natural, Domberlé resucitaba a los pequeñuelos y hacía verdaderos milagros. Apenas ingresaban los chiquillos en el servicio contiguo comenzaba para ellos su martirio bajo la aguja y el bisturí. En cuanto llegaban se les aplicaba una serie de inyecciones para reacciones cutáneas a la tuberculina. Unos días después, nuevas inyecciones para la vacuna antidiftérica y antitetánica. Vacunación universal, sin discusión ni examen, precisamente cuando desde hace mucho tiempo no pocos médicos llaman la atención acerca de los peligros de la vacuna antidiftérica. Entretanto, se hacía tragar a los desdichados rapazuelos un largo tubo de caucho. Sin preocuparse de sus convulsiones y de sus esfuerzos para vomitar, se aspiraba líquido de su estómago para comprobar si había bacilos. ¡Bacilos! ¡La sempiterna

preocupación de los famosos bacilos, como si fueran éstos los responsables! Si se comprobaba su existencia recomenzábase cada mes el suplicio. Si los bacilos eran abundantes se recurría al neumo. Introducíase un trocar entre las costillas del niño, se perforaba la envoltura externa del pulmón —exactamente la hoja externa de la pleura— y se insuflaba aire para aplastarlo. Si las laminillas de carne, las adherencias, retenían el pulmón a la pleura e impedían su colapso, nuevo suplicio; se tenía al enfermo sobre una mesa, introducíase un estilete cóncavo —un trocar— entre las costillas y se hacía surgir, en la pleura, una chispa eléctrica que quemaba las bridas de carne. Y un segundo trocar del tamaño de un lápiz, introducido también entre las costillas, que tenía sujeto a su extremidad una bombilla eléctrica y un juego de espejos permitía ver claro entre las pleuras mientras se verificaba la intervención. O bien, con objeto de comprimir el pulmón se cortaba el nervio que moviliza el diafragma, se introducía en él una aguja y se inyectaba alcohol para destruir el nervio. Una vez liberado, el diafragma remontaba como un globo elevando la base de los pulmones. O bien, finalmente, se demolía la armazón torácica: se aserraban dos, tres, cuatro, cinco costillas de un costado o de los dos costados. Efectuados tales estragos en el tórax, éste se deformaba, se desplomaba y comprimía el pulmón. . . suplicio espantoso, devastaciones horribles y no pocas veces inútiles, porque haciendo caso omiso del estado general y de la aplicación nociva, sólo buscaban el efecto, la dolencia local. Todos o casi todos los enfermos presentaban una tara digestiva: enteritis, congestión del hígado, hemorroides, dispepsia. Pero los médicos del sanatorio se ocupaban poco, y aun de una manera accidental, de lo que primero debieran de haber atendido. Su responsabilidad no era ciertamente mayor que la de los más de sus colegas. Aplicaban las enseñanzas de la escuela con celo y buena voluntad. Mas, por desgracia, estas enseñanzas están hoy día falseadas debido a que la medicina oficial se ha especializado, fragmentado, y, actuando en compartimientos estancos, ha perdido el concepto general que antes tenía. —Lo que yo no comprendo —dijo Michel— es que no se haya prestado mayor atención a sus consejos y que éstos no hayan sido seguidos. Cuando observo que las lesiones tuberculosas se cicatrizan gracias a un régimen purificado y personal, que las amígdalas se deshinchán, que las adenitis se cicatrizan, todo ello debido simplemente a la supresión del exceso de carne y de ácidos, mediante una alimentación sintética y desconcentrada, sin inyecciones, sin drogas, sin intervención y sin sufrimientos, me sorprende que después de veinte años no sea su obra aceptada. Domberlé esbozó una sonrisa un poco melancólica. —Esto es imposible, Doutreval. Y va para largo. Harán falta, todavía, innumerables fracasos de la medicina oficial, innúmeros intentos una vez más abortados para que comprenda que no hace más que dar vueltas a la noria y consienta finalmente en revolucionar sus conceptos básicos. Esta es mi esperanza y hasta mi certidumbre, pues la verdad acaba siempre por triunfar. Existirá, no cabe duda, otra medicina. Dentro de cincuenta años se cuidará en los sanatorios a los enfermos como yo he cuidado a su mujer. Yo no podré verlo. ¡Bah, qué importa! Tampoco Moisés alcanzó la tierra prometida. —¡Cincuenta años! —exclamó Michel—. ¿Por qué cincuenta años? —Porque no se da usted cuenta, Doutreval, de la fortaleza de las Bastillas que quedan todavía por asaltar. En primer lugar, abundan los médicos a quienes su sabiduría escolar les parece asaz satisfactoria. Abandonamos la Facultad seguros de nosotros mismos. Es lógico. Son necesarios veinte años de práctica para que comencemos a dudar de la eficacia de nuestra ciencia. Entonces uno investiga, trabaja y hace experimentos. Pero al hombre práctico le falta dinero, tiempo, y sobre todo esta suerte que me ha sido dable de ser un enfermo y a causa de ello un incomparable campo de estudio para uno mismo. Si los grandes maestros me escucharan. . . La mayoría de los médicos no piden otra cosa que someterse a su autoridad. Pero falsamente los grandes maestros no sabrán de mí durante mucho tiempo. Yo no soy nadie. Ni título, ni cátedra, ni alumnos, ni dinero, ni influencias políticas, ni fuerza ninguna. Estoy ahogado en el anonimato. —¿Y sus libros? —¿Mis libros? ¡Una gota de agua en el diluvio de publicaciones! ¡Publicar! ¡Hoy día es el sueño de todos! Publicar cualquier cosa, procurar que hablen de uno, llegar. . . en esta oleada de libros y de revistas, ¿qué puede leer el médico? Una o dos revistas apenas. Los trabajos rubricados por una firma prestigiosa. —¿Y la Prensa? Domberlé se echó a reír. —No bromeé usted, Doutreval. ¿Qué director de periódico sería lo bastante insensato, en esta época, para permitir a un médico que atacara en sus columnas todo lo que gracias a su publicidad, enriquecen y sostienen el diario? Los aperitivos, los alcoholes, el tabaco, el azúcar, los excitantes, las drogas medicamentosas, los bombones. . . Si bien se piensa en ello, la ponzoña de nuestra época reside en esta Prensa esclava del dinero y en esos periódicos vendidos a poderosos consorcios industriales que se sirven de ellos para envenenar al espíritu de las masas y también (pese a ignorarse demasiado) su cuerpo. Y ellos sin contar con el propio pueblo, que no aceptará sin gruñir la condenación de su manera de comportarse, de comer, de vivir. . . el hombre rechaza por instinto una disciplina semejante. Y mucha gente saldría perdiendo con ello, muchos de los que viven intoxicando, consciente o inconscientemente, al público. La misión de éstos estriba en hacer callar a los clarividentes. ¡Y hasta el mismo público me rechazaría a mí! Sólo acudiría a mí en caso de fuerza mayor, acuciado por la enfermedad, el sufrimiento y la amenaza de la muerte. ¿Un médico que sueña con desintoxicar a los hombres, devolverlos a la vida sana, lejos de las ciudades, al calor del hogar; un médico

que forma parte del pueblo, ese pobre pueblo deslumbrado y engañado por las promesas de los malos pastores, al que habla de abstinencia, de renunciamento, de sacrificio, de vida sobria y al aire libre, que pretende menguar su pasto de alcohol y de alimentos excitantes, que se propone impedir que se extenué, que se consuma, que a la hora de la enfermedad se niega a prescribir remedios heroicos, a curar en un santiamén, a sofocar el mal y que, en cambio, aconseja el reposo, los remedios naturales y suaves, la desintoxicación lenta y que respeta la misión de limpieza que trae aparejada la enfermedad? ¡Que el diablo se lo lleve! No, Doutreval, no le sorprenda a usted la acogida que me han dispensado. Era inevitable. Por otra parte, ¿acaso no es éste en la tierra el invariable papel del verdadero médico? Prodigar y verse infamado por el mismo bien que ha dispensado. Me acuerdo de un tal Emile... —¿Qué Emile? —Un hombre que quise resucitar. Se llamaba Emile. Estaba empleado en el sanatorio cuando yo figuraba allí como ayudante. Una mañana, estando yo en el pabellón, llegaron los internos y me dijeron: »—Emile ha muerto. »—¿Muerto? »—Sí. Se le ha encontrado ahorcado en un dormitorio. Van a llevárselo al anfiteatro para la autopsia. »Me precipité hacia el dormitorio y entré en él al mismo tiempo que los dos camilleros con las parihuelas. Di orden de que desnudaran a Emile, mojé una toalla en una jofaina de agua fría y comencé a brazo partido a golpearle el pecho con una toalla mojada. La operación duró diez minutos o un cuarto de hora. Los internos me contemplaban con una risita irónica y me dijeron: »—Esto es una idiotéz. ¿Acaso no se da usted cuenta de que está muerto? Lo hemos hecho todo; tracciones de la lengua, respiración artificial. . . »Sin embargo, proseguí mi tarea. Cuando estaba bañado en sudor solicitaba un sustituto y luego reanudaba mi labor. Bajo nuestros golpes el cuerpo de Emile comenzó a despellejarse. De pronto la faz del suicida cobró un imperceptible tinte rosáceo. Dibujó una mueca y soltó un estornudo. Luego, con el confuso murmullo de un beodo al que se molesta, gruñó: »—¿Acabaréis de fastidiarme? »Ésta fue su única expresión de agradecimiento. »Los internos se limitaron a decir: »—Poco grave debía ser el Síncope cuando con un poco de agua fresca se ha reanimado. »Ahora bien, la administración del hospital se quejó amargamente de que por una nimiedad se hubiera echado mano de dos camilleros y unas parihuelas y me advirtieron que no me metiera en tales cosas. ¿Se ríe usted le aseguro que no invento nada. »A menudo he pensado, Doutreval, que este incidente comprendía la historia entera de mi vida. La Providencia se ha servido de mí y me ha permitido devolver la salud a mis semejantes con un poco de agua fresca, aire puro y alimentos sanos. Pero nadie ha dado crédito a estos medios por demasiado sencillos, demasiado naturales, demasiado fáciles y al alcance de todos los hombres. Todos aquellos que han visto amenazadas la rutina, la ciencia complicada o las industrias fructuosas malsanas no me lo han perdonado. Y la humanidad me ha contestado con injurias y se ha preguntado enfurecida quién era el importuno que quería impedirle que reventara en paz. Domberlé llevaba una extraña vida de reclusión y de labor incesante. Se levantaba a las siete de la mañana, se dedicaba al estudio y luego despachaba la correspondencia. Marchábase después a efectuar su visita cotidiana al sanatorio. Volvía a su casa a la hora del almuerzo, una singular comida consistente en un poco de ensalada, trigo crudo, trigo cocido, un plato de patatas y fideos hervidos, un pedazo de queso, un plátano y un pastel de huevo. Mientras engullía la espesa mezcla casi siempre calentada de cualquier manera por la sirvienta, llegaban sus alumnos, médicos establecidos por los alrededores, interesados en sus enseñanzas y que cada mediodía acudían a pedirle consejo y a someterle casos difíciles. —He autorizado a la chiquilla a que coma un poco de carne pero la temperatura no cede. —Mi parturienta no consigue reponerse. Esas grietas en los pechos. —Tengo un enfermo que a mi parecer presenta todos los síntomas de la fiebre de Malta. . . —¿Qué opina usted del régimen que ha prescrito a mi diabético? ¿Quiere usted echar una ojeada sobre las hojas de sus minutas? Domberlé engullía dos bocados, tomaba las hojas, hacía apuntes con el lápiz, reflexionaba un instante, luego daba explicaciones, corregía, interrumpía, corroboraba, pinchaba dos veces seguidas con el tenedor, se limpiaba los labios y volvía a comenzar su curso de medicina. Después de comer se echaba en la cama durante una hora. Luego recibía sus clientes hasta las cinco. Una hora de trabajo en el jardín, una cena a base de legumbres verdes, patatas y frutas, y Domberlé reanudaba su tarea hasta medianoche. Lectura de revistas y estudio de los progresos de la medicina oficial, sus investigaciones y sus nuevas orientaciones endocrinología, vacunas, terapéutica a seguir en los casos de «shock», homeopatía, psicoanálisis, simpaticoterapia. . . Así, desde hacía veinte años. Domberlé veía surgir una teoría tras otra, y pasaba su vida poniendo en guardia a sus enfermos y prediciendo los fracasos que nunca dejaban de producirse. . . Y cuando las «ideas nuevas», las modas y los caprichos habían pasado y no quedaba de ellos más que ceniza, una nueva y falaz armazón se levantaba a poco sobre las ruinas de la anterior, atraía de nuevo la atención de todos y encubría una vez más la verdad. Y Domberlé reanudaba la lucha. Estaba en el sanatorio con las incomprensiones y estupideces administrativas y los milagros que había que realizar sin un céntimo. Estaba también la revista que tenía que escribir y el periodiquillo que publicaba Domberlé para mantener el contacto con sus enfermos. Todo tenía que hacérselo él mismo, desde escribir los artículos hasta la elección de los caracteres, la tirada de las fotografías y las correcciones tipográficas. Estaba también

la reedición de sus libros, las adiciones y las supresiones. Y finalmente la correspondencia, una correspondencia voluminosa, extenuante, que a veces obligaba a Domberlé a pasarse toda la noche escribiendo, sentado en la cama, con un edredón bajo sus espaldas y una cartulina sobre las rodillas. Cartas innumerables de quienes, lejos de allí, amigos o desconocidos, sufrían a quienes era preciso aconsejar en el aislamiento en que se hallaban y disipar el terror que la medicina clásica, con sus inyecciones y violencias, les hacía experimentar y a quienes había que preservar de cometer graves errores, conducir, guiar, semana tras semana y a veces durante meses enteros. Enviaba regularmente sus minutas y sus observaciones Domberlé, con las hojas de temperatura a la vista, modificaba los regímenes, aumentándolos, disminuyéndolos o dosificándolos. En los más de los casos no podían pagar. Algunas veces, muy pocas, incluían un sello de correos para las respuestas. Así, Domberlé, los iba sosteniendo a veces al día, otros de hora en hora para ayudarles a vivir o aliviar su muerte. Su vida estaba sujeta a las de sus enfermos. Cuando todo había terminado, su ficha se sumaba al montón. Y así, el que acababa de morir serviría quizá dentro de diez años para salvar la vida de otro. No faltaban los que pedían consejo para un matrimonio, la adquisición de un terreno, la colocación de sus pequeños ahorros, un testamento o un destino que se les ofrecía. Le escribían también algunos médicos solicitando explicaciones u orientaciones. Destinado a ellos preparaba Domberlé un «Arte de la Medicina». Algunos clientes reclamaban recetas, minutas y preparados edulcorados y desconcentrados. Entonces Domberlé se instalaba en la cocina y dosificaba pesos de harina, azúcar y huevo para asegurar una dilución suficiente. Trabajaba al mismo tiempo en un libro de cocina para uso de enfermos y en una guía para los aficionados a la agricultura casera. Intentaba en su huerto el cultivo de las mejores ensaladas, las especies dulces de patatas y peras, y las cerezas y ciruelas no ácidas, es decir, no desmineralizantes. Con destino a este libro pasaba en su jardín horas enteras tendiendo trapos blancos detrás de las ramas de un peral para fotografiar los botones, los dardos, los esfórcocinos, los injertos, las partes a podar en invierno y aquellas otras a podar en verano. Solo, sin ayuda alguna, falto de recursos suficientes, se pasaba las noches revelando en la bodega los maravillosos clisés logrados a fuerza de virtuosismo con una vieja máquina de la que ni siquiera hubiera dado un ochavo cualquier trapero. La gente se mostraba extrañada y le decían: —¿Por qué no solicita usted los servicios de un fotógrafo? ¡Es muy sencillo! ¡Como si él fuera muy rico y pudiera dar cita en su huerto a las cuatro estaciones a un tiempo! Y todo ello lo realizaba con medios irrisorios: bañadores para los chiquillos del sanatorio confeccionados con vendas, la cuerda de nudos pasada por encima de una puerta, una máquina fotográfica vieja y abollada, y, como ayudantes, un ex jubilado de ferrocarriles, que hacía las veces de hortelano, y un antiguo pasante del pabellón de incurables que iba a verle con su cochecito y que se dedicaba a sacar copia de sus manuscritos. Prodigios realizados sin dinero y sin ninguna ayuda, gracias a pequeños ahorros, a acopios de energía que ese hombre ya avejentado recuperaba con un enorme esfuerzo de voluntad, a un incesante cuidado de sí mismo y de su alimentación. Y en cualquier parte y momento, en cuanto se presentaba la ocasión, se tomaba un descanso de dos o tres minutos, con los ojos cerrados y las piernas estiradas, lo que le permitía reanudar el trabajo durante media hora. «He aquí a un hombre que se está matando —se decía Michel—. ¿Por qué? Por una verdad. De sobra sabe él que se está matando. Pero se aviene a ello para hacer el bien. ¿A quién? A la inmundicia que prescinde de sus servicios, los rechaza, que le desprecia y le odia. Sin embargo, no cesa en la tarea que se ha impuesto. ¿Por qué? Porque los hombres no creen fácilmente en la humanidad, pero menos aún se resigna un hombre a ahogar lo que él juzga la verdad que a morir. Cuando está seguro de una verdad, para él morir no cuenta. Decididamente la grandeza humana es infinita». Esa lección viviente de energía, de optimismo, de tenacidad, de voluntad, esa obra enorme edificada desde hacía cuarenta años por un sentimiento moribundo en continua resurrección, aplicando su debilidad y su enfermedad a la magnífica labor de salvar al prójimo, llenaba a Michel cuando pensaba en ello, de una profunda admiración. Ahora comprendía la frase favorita de Paul Domberlé, citando a San Pablo: «Me complazco en mi debilidad porque cuando soy débil es precisamente cuando soy fuerte». Pobreza, soledad. Dos cosas que hasta aquel momento, a los ojos de Michel como a los de todo el mundo, significaban ceguera, error, impotencia, y que para Domberlé constituían la prueba cierta y como el sello visible de la protección divina y de la verdad. Un día fue a visitarle una mujer. Nada había comprendido y se había rebelado contra las exigencias del régimen y los sacrificios de la nueva vida que Domberlé le había ordenado. Se disgustaron (curiosas escenas se desarrollaban a veces en el despacho de Domberlé). Y la mujer acabó por gritar: —¡Loco! ¡Loco! ¡Usted no es más que un loco! ¡Vive usted solo, completamente solo! ¡Desconocido! ¡Perdido aquí! ¡Desconocido! ¡Y afirma usted estar en posesión de la verdad! ¿No se da usted cuenta de que está usted solo, completamente solo? La mujer se reía de él en sus mismas narices. —Y yo —dijo Domberlé a Michel—, mientras la mujer vociferaba, estaba pensando: «Esta es la verdad. Así estoy yo. Completamente solo, estoy solo precisamente porque persigo la verdad. Ésta es la prueba de que la poseo» «Y además —solía decir a menudo— la obra así realizada es más sólida. Cuando uno está solo, tiene a Dios a su lado»

Domberlé sentía la presencia de Dios en todas partes. Dios permitía el bien y el mal, las tristezas y las alegrías. Todo concurría al mejoramiento del hombre, al progreso de la evolución. Nada exasperaba tanto al viejo médico como oír hablar de casualidad, de buena suerte o de mala suerte. —El azar no existe —afirmaba Domberlé—, ni tampoco la suerte. Detrás de todo cuanto a uno le sucede existe una intención, un fin, está Dios. Perdóneme usted que le hable de mí mismo, pero es lo que uno conoce mejor. Pues bien, si yo hubiera creído en la suerte, no hubiera hecho nada, me habría abandonado y estaría enterrado mucho tiempo ha. Y conmigo, algunos enfermos a quienes, a pesar de todo, he ayudado a vivir. «¿Desgracias? Las he tenido todas. Nacer enfermizo, artrítico y ser extraordinariamente sensible y clarividente con respecto a las drogas químicas. Ser sajado por grandes cirujanos, gracias a los cuales he comprendido la inutilidad de toda intervención quirúrgica si no se sigue después una alimentación y una vida sanas. Volverme tuberculoso y ser sobrealimentado, cebado, sometido a inyecciones y drogas de acuerdo con los métodos clásicos más devastadores. Ingerir una mañana por equivocación, un purgante que había de matarme y que me puso en cambio en el camino de la verdad; atrapar un ganglio en el sobaco que, al no ser intervenido a causa de mi hígado, me ha servido para corregir mi régimen y, finalmente, curarme. Ser mal visto y mal pagado en mi hospital, haber tenido que hacerme una clientela, editar mis libros y mi revista. Ser un hombre medio muerto, casi clavado en la cama desde hace diez años, escribiendo acostado durante la mitad de mis noches, sobre mis rodillas encogidas. Vivir con un huevo al mes y una sopa infecta, sin aceptar otra cosa... Diez volúmenes podrían dar cabida a mis desdichas, todas las cuales ostentan un solo nombre, siempre el mismo: la providencia, la buena Providencia que me ha zarandeado, maltratado, enderezado a garrotazo limpio, protegido milagrosamente y que, finalmente, se ha valido de todas mis congojas para salvarme y salvar a algunos de mis semejantes. Si yo no me hubiera mostrado ante el Padre Eterno como una bestia de carga, un juramento de buena voluntad dispuesto a soportarlo todo: si yo no hubiera aceptado siempre lo peor y luchado por la verdad de una manera salvaje, sin cálculos ni concesiones, si me hubiera sublevado, rebelado, saturado de odio, asqueado, animado de un sentimiento de obstrucción sistemática de rebeldía contra la existencia, de un espíritu de envidia, de celos, de venganza, de ambición, de orgullo; si yo lo hubiera achacado todo a la mala suerte, al azar, y hubiera maldecido la vida, entonces hubiese roto los lazos que me unen a la Providencia y seguido el consejo de la mujer de Job: «¡Maldice a Dios y revienta!» Habría maldecido de mi mala suerte, muerto diabólicamente e ido a reunirme con el Dios de la mala suerte y el azar: ¡Satanás! Aquel hombre débil «siempre muriéndose y sin embargo viviendo, enfermo, pero no hasta el punto de morir, triste y siempre alegre, pobre y enriqueciendo a los demás, no teniendo nada y poseyéndolo todo», era radiante y optimista, y se mostraba un magnífico dispensador de energía y de vida. Místico armado de sumisión y de constante buena voluntad, sabiendo ver el dedo de Dios en todas las circunstancias de la vida, dispuesto a todos los calvarios, frío ante los goces de sus semejantes, perro guardián de la Verdad, sobrepasaba en mil aspectos, con sus sencillez, el escepticismo elegante y estéril, la intelectualidad brillante y sin alma de los grandes maestros, los Heubel, los Géraudin, los Suraisne, todos los «patronos» ilustres que Michel había frecuentado, hombres colmados de sabiduría y de gloria, pero que carecían de esa armazón, de esa fe robusta en la vida, esa certidumbre de lo mejor del Progreso, de la victoria final del Bien y de la Verdad, de donde Domberlé extraía toda su fuerza. Tenía una manera personalísima de ver el universo, una visión sencilla, tan amplia y poderosa que sobrecogía a Michel como una página del Apocalipsis. Dos poderes disputándose el mundo; la luz contra la oscuridad, el Bien contra el Mal. Uno proponiendo la felicidad, la rebeldía contra la desgracia, la búsqueda del goce, el sexualismo, la divinización de la humanidad, el despilfarro sin freno con la superproducción hasta el infinito, la uniformidad de los hombres, de las naciones, de los sexos, de las viviendas, el colectivismo de los habitáculos, de los hospitales, de los asilos y de la caridad pública. El otro, presentando la vida como una prueba, preparación de otra vida mejor, que sólo puede merecerse mediante la sujeción a las leyes naturales, con frecuencia duras pero siempre útiles y provechosas, y, a fin de cuentas, la resignación, el sacrificio, la existencia enteramente aceptada, sin elección ni negativas: trabajo, familia, hijos, sobriedad, continencia, renuncia... No obstante, tras ese rudo esfuerzo, sin haberla buscado ni pedido, existía la felicidad, la única felicidad terrenal humilde y verdadera que al hombre le es dable poseer.

CAPÍTULO Segundo. Un día en que fue a ver a Tillery, Michel encontró en casa de su amigo a Seteuil, que se hallaba de paso en París en compañía de Santhanas. Santhanas había abandonado la homeopatía. No daba ningún rendimiento. También en este ramo la competencia era excesiva. Había demasiados médicos en París, en las grandes ciudades adonde todos los jóvenes quieren ir a vivir, mientras el campo carece de médicos. Santhanas había caído muy bajo. Prestaba su título, su diploma, a un curandero en boga, una especie de magnetizador que hipnotizaba a sus enfermos. Y los despachaba a su casa persuadidos de que ya estaban curados. Evidentemente, dejaban de sufrir, pero la enfermedad proseguía sus estragos, más peligrosos aún por el hecho de no hacerse visibles. Este curandero, que acababa de pasarse seis meses en la cárcel por ejercicio ilegal de la medicina había juzgado prudente parapetarse tras una mampara. Santhanas

cumplía esta misión. Examinaba a los enfermos en presencia de su «maestro», el curandero, quien no teniendo contacto con ellos, no desempeñando en apariencia más que el papel de testigo y consejero, no podía ser perseguido. Por ejercer esta profesión de ayuda de cámara, Santhanas percibía cien francos diarios. Se lo contaba con una risita a Seteuil y a Michel, que estaban asqueados. Su «patrono» explicaba, le apreciaba mucho y Santana se aprovechaba de ello para hacerle «cantar». Pues no resulta fácil encontrar un doctor en medicina que se humille hasta semejante servidumbre. Seteuil acababa de perder a su mujer. Se casó sin sentirse enamorado, sólo por la dote, y estaba bastante conformado. Gracias a la existencia de un hijo, una criatura de pocos meses, heredero legal de la fortuna materna, no se había visto desposeído del dinero. Cuando supo que Michel tenía la intención de establecerse le habló del Norte, del centro industrial donde él prosperaba. Un anciano colega que acababa de morir dejaba allí una plaza vacante. Seteuil prefería que en lugar de un desconocido la ocupara un amigo. La comarca, casi lindante con la frontera belga, era agrícola y poseía algunas fábricas importantes que proporcionaban accidentes de trabajo. La vivienda, carente de lujo, era decente. Michel se tomó interés y prometió trasladarse allí. Michel partió hacia el Norte, donde Seteuil le esperaba. El burgo fue de su agrado. Constituía el suburbio de una ciudad industrial, una aglomeración de cinco o seis fábricas y algunos barrios obreros situados en medio de los campos de remolachas, de patatas y de trigo. Desde Lille el viaje en ferrocarril era corto. La casa del viejo médico a quien Michel se proponía suceder se encontraba en las afueras, casi en el campo, al final de un terroso sendero bordeado de sauces desmochados. Había también un jardín espacioso, pero abandonado. Seteuil aseguraba que Michel podría ganarse holgadamente la vida. Para comenzar, se encargaba de proporcionarle una suplencia. El doctor Becquerel, diputado, buscaba un sustituto por espacio de algunos meses. Ello le depararía en los primeros tiempos unos ingresos considerables. Michel se decidió. Fue a ver al propietario, firmó un contrato de arrendamiento y regresó a París para hacer con Evelyne los preparativos de su nueva vida. La víspera de su marcha para el Norte, se trasladó con Evelyne a Saint-Cyr, por última vez, para ver a Domberlé. —No —dijo el viejo maestro—, no me agradezcan nada. Divulguen a su alrededor la verdad que yo les he hecho conocer. Nada más. Ya verán ustedes cómo no les será fácil hacerlo. Escribanme cuando tengan alguna dificultad, pídanme consejo... Yo les guiaré. Me apena en verdad verles marchar, Doutreval. Nuevamente estaré solo. Ya me había acostumbrado a ustedes. ¡En fin! Es mi sino... — También yo, maestro, lamento mucho. —No lamente usted nada —repuso Domberlé—. Soledad y silencio, éste es mi destino. Y no lo olvide; no reniegue, no sirva a dos amos, sea a su vez lo que yo he querido ser a rajatabla; el perro guardián de la verdad. Será usted infamado, vilipendiado, escarnecido y traicionado. En las horas de prueba recibirá usted inexplicables y prodigiosos socorros y se verá usted milagrosamente reconfortado, aliviado y apoyado. ¡No lo olvide! Levantó la mano. Había en sus ardientes ojos y en su barbuda faz de viejo profeta una gravedad y una solemnidad bíblicas: Lucha por la verdad hasta la muerte. Y Dios nuestro Señor combatirá por ti. De vuelta de Saint-Cyr, Michel fue a despedirse del profesor Norf. El viejo maestro de Michel le recibió en el espacioso laboratorio de anatomía patológica, entre fotografías de ratas cancerosas y jofainas donde maceraban unas manos cancerosas. También Norf le dijo con acento melancólico: —Claro... Ya me lo figuraba... Era fatal... Pero es una lástima. Seguramente habría usted hecho algo. Le echaré de menos. Hacía veinte años que Norf no había hablado de este modo. —También yo, señor —explicó Michel—, siento por usted. —¡Oh! —exclamó Norf—. Ya estoy acostumbrado, ¿verdad Vanneau? Dedicó una sonrisa un poco triste a su viejo y fiel ayudante de laboratorio. — Todos los jóvenes me abandonan. Siempre ha ocurrido así. Hay que vivir. Aquí no le pagan bien a uno. Yo, ya lo ve usted, soy un viejo loco... Ya me doy por contento... la ciencia... las investigaciones... Mi mujer ha consentido en sacrificarse conmigo... Mas para los jóvenes es una carga excesiva... De todos modos es una lástima. Se me habían ocurrido algunas ideas que destinaba a usted... Cosas que usted podría haber publicado... —Tiene usted que publicarlas por su cuenta. Norf sonrió. —¿Yo? Apenas se han publicado una docena de cosas más en toda mi vida, Doutreval. Se suele publicar demasiado. Con frecuencia, en busca de una gloria efímera. Los médicos se ven apabullados bajo el farrago de tantas publicaciones. Cuando uno no tiene verdaderamente nada que decir debe callarse. El sacrificio más duro para un sabio es el silencio. Por primera vez Michel observó en el rostro del viejo «patrón» el reflejo de una emoción secreta. La tristeza de un hombre que se ha pasado la vida en pos de una verdad científica y que, habiéndola descubierto, se resigna a ofrendar su vida por nada y a guardar silencio. Norf estrechó las manos a Michel, se volvió, se instaló delante de un microscopio y a partir de aquel momento pareció haberse olvidado de la existencia del muchacho. Michel dio un abrazo a Vanneau, emocionado y a punto de saltársele las lágrimas y se marchó. No había de volver a ver a su viejo «patrón». Norf había temido siempre la vejez, la llegada del día en que sería jubilado, en que le echarían de su laboratorio. Disfrutaría entonces de una pensión irrisoria, mientras esperaba la muerte en la ociosidad, el fastidio y la soledad. La muerte fue piadosa con él. Un día se lo llevó en un abrir y cerrar de ojos mientras estaba trabajando en el laboratorio. De vez en cuando, Norf atendía gratuitamente a

desventurados que encontraba en el hospital. Uno de ellos, con un cáncer incurable y a quien Norf había ocultado piadosamente el nombre de su enfermedad, fue a visitar a otro médico. Éste, joven y deseoso de dar muestras de su saber, se apresuró a decirle: —Lo que tiene usted es un cáncer, amigo mío. Los que hasta ahora le han cuidado son unos imbéciles y unos criminales. Al salir, el hombre se compró un revólver. Aquella misma tarde fue a ver a Norf. Le encontró en su laboratorio e hizo cuatro disparos sobre él. Norf, alcanzado en la frente, se desplomó sobre el microscopio y murió al cabo de unos minutos. El asesino, detenido, se ahorcó en su celda algunos días después.

Louise, la viuda del viejo «patrón» de Michel, se marchó de París y se trasladó a provincias a llevar una vida mezquina, dolorosa y sin objeto alguno. Y un nuevo «patrón» sustituyó a Norf. De cuanto poseía el viejo maestro quedaron algunos ratones en las conejeras, plagados de sarcoma, y que le sobrevivieron muy poco tiempo. Y en los pasillos, pedazos de intestinos y más fotografías de ratones cancerosos, de los que Norf se mostraba particularmente orgulloso, y que ostentaban estas etiquetas: (Sarcoma del hígado -NORF, 1928) Ni un artículo ni un estudio. Sólo algunas notas dispersas que nadie sentiría la curiosidad de consultar. Ni siquiera un colorante al que dejar su nombre. La parte de la ciencia que correspondió a Norf era la más amarga y negativa; explorar los caminos sin salida posible para que los demás no pierdan el tiempo con ellos. Por otra parte, si acaso había descubierto algunas cosillas útiles y personales, había sido demasiado modesto, demasiado escrupuloso y no había querido publicar nada con precipitación o que no fuese absolutamente cierto, hasta el punto que nadie sabría nunca nada de su esfuerzo. Sin embargo, el pensamiento de Norf animó aún durante mucho tiempo el laboratorio de anatomía patológica. El viejo Vanneau, ayudante del laboratorio, se quedó. Y cuando el nuevo «patrón», el profesor Gamblin o su ayudante no acertaban a explicarse un corte de difícil interpretación, hacían lo que Michel, y llamaban a Vanneau con cierto disimulo: —Fíjese, Vanneau, es un caso curioso. Venga a ver, ¿Vio esto antes? Vanneau echaba una ojeada al microscopio. Y con gran deferencia, prudente según su costumbre y parapetándose tras el recuerdo y la autoridad de su viejo «patrón» desaparecido, para no humillar demasiado a sus sucesores, decía: —En un caso como éste, me acuerdo, señor profesor, que el señor Norf decía: «Se trata de un sarcoma... » Así el laboratorio se veía animado por la ciencia de Norf que iba derramando Vanneau, singular depositario de la experiencia del viejo sabio.

En la fría alborada empañada por esa bruma de verano, esa especie de vaho que exhala de noche el ardoroso París atemperando un poco su fiebre, salía el tren de la estación del Norte. Tillery y Choute acompañaron a sus amigos hasta el último momento y aún permanecieron un buen rato en el andén. Sentados uno al lado del otro en su compartimiento, Michel y Evelyne contemplaban el rápido desfile de los sórdidos edificios, las masas de altos, mugrientos y negro inmuebles donde bullen los sufrimientos de las civilizaciones industriales. Montmartre iba ascendiendo lentamente en el horizonte. Encima de la densa bruma, ya dislocada y perforada por los rayos del sol como las humaredas errantes sobre un campo de batalla, surgía, semejante a una Acrópolis, su templo luminoso y rosado. El vagón de tercera clase estaba atestado. Una mujer sacó de un paquete unas tartas y huevos duros y se dispuso a comer. El tren iba aumentando su velocidad y rodaba hacia Creil, la Picardía y el Norte. Michel, con el corazón un poco oprimido, guardaba silencio. De nuevo, la aventura y la vida conyugal por primera vez, la terrible prueba para ambos de la vida dura y verdadera con la que jamás a excepción de algunos días, se había enfrentado. La medicina, la clientela aún por hacer, el dinero a ganar día a día, desde el primero al último día del año, sin ingresos, sin sueldo, sin ayuda de nadie, con los cuidados que la frágil salud de Evelyne requería... Miró a hurtadillas a Evelyne. Ésta hizo lo propio, puso la mano sobre la de su marido y le sonrió. Michel se sintió confortado. Evelyne no tenía miedo. Y una vez más comprendió la fuerza que da el conocimiento de la miseria.

CAPÍTULO Tercero.

Un dardo de pálida luz se coló a través de las cortinillas azules e iluminó el rostro de Fabienne. Sintiendo molesta se agitó un momento, el sordo traqueteo del vagón, la cadencia rítmica y opaca de las ruedas sobre los raíles, el poderoso y cercano jadeo de la locomotora corriendo a lo largo de una empinada cuesta. Fabienne estiró los brazos, abrió los ojos, reconoció el exiguo marco —caoba, linóleos claros, níquel— de su reducido compartimiento en el coche cama, cobró de nuevo su conciencia y se acordó de todo. Buscó su reloj de pulsera. Estaba parado. Sin embargo, un haz de luz rosada, filtrándose entre las cortinillas y el tabique, formó una larga diagonal luminosa donde danzaban los átomos y que, girando lentamente con el tren, iluminaba sucesivamente la mesita y el vaso de agua, el cerrojo de cobre de la puerta, la sábana blanca, ascendía hacia Fabienne, le acariciaba la mano y trepaba a lo largo de su brazo. El dardo impalpable se posó en su rostro, jugueteó con sus despeinados y negros cabellos, se extinguió, cercenado por el borde de la ventanilla, y se posó de nuevo en su faz cuando el tren tomó una curva. De pronto, Fabienne se desprendió del cobertor, puso los pies en el suelo, se vistió en un abrir y cerrar de ojos, se encaminó a la ventanilla y apretó el botón de las cortinillas que se arrollaron de golpe, silenciosamente. Debían de ser las cinco de la mañana. El lago de Bourget, desierto, solitario y silencioso, encajado en su corona de montañas, ofrecía en la claridad de la aurora su inmenso corte luminoso, su magia de luz azulada, vaporosa, fundida, mezclándose el azul del agua con

el de las montañas y el del cielo, matizándose ligeramente de violeta a lo largo de la sombría muralla de Dent du Chat, de oro pálido y de plata a lo lejos, hacia Chambéry, allí donde saliendo el sol entre las franjas de nubes, deslizaba sus rayos oblicuos a través de las nieblas del alba, tibias y dilatadas, tenues, frágiles, vaporosas y diáfanas como gases impalpables, maravillosos chales, transparentes y azules esparcidos sobre las aguas. De la base a la cima del Dent du Chat, sobre ese hervor de los vapores pastel, turquí y azulados, se abatía acá y acullá, neta y milagrosamente suspendida y oscilante en el borde de la montaña, una gruesa bala de bruma blanca y compacta, como un alud de nieve retenido allá arriba por no se sabe quién. Otras nubes, más bajas, colgadas a su peso de un abeto, de un peñasco o de la maleza detenían allí su camino, y, agrietadas y deshilachadas, soltaban copos de su lana. La luz que arrullaba las cimas de los montes, descubría abajo, en la ladera de una montaña, un calvero angosto e inclinado y un cuadrado de hierba muy verde colgado sobre el abismo, en el que se columbraba un minúsculo hotelito de madera, con los postigos cerrados, pero de cuya pequeña chimenea ascendía un hilillo de humo. Cerca de la vía férrea, una corriente de agua de color aguamarina se deslizaba en menudas ondas sobre el fondo blanco de guijarros y cantos, ocultaba las hierbas acuáticas y moría desmayadamente bajo las ruedas de los vagones. No se veía a nadie en el lago. Virgen y agreste, extendíase el Bourget en la inviolada y espléndida soledad del amanecer. Sólo en las proximidades de Aix, Fabienne vislumbró en lontananza una pequeña embarcación de vela, semejante a un gran pájaro que apenas se movía, deslizándose hacia Hautecombe y dejando tras de sí una estela silenciosa. No se veía a bordo ningún ser humano. —¡Le Bourget! ¡Le Bourget! —murmuró Fabienne con la cara pegada al cristal. Saludaba al lago como si lo hiciera con un viejo amigo, con un confidente. Desde su infancia iba a descansar y pasar las vacaciones en aquellas riberas. Cada año le gustaba más. En aquella ocasión iba allí fatigada, extenuada. En la clínica Epidauria se había prodigado mucho. Y, por añadidura, después de unos meses de trabajo agotador, un golpe brutal, fulminante, la muerte de Mariette, el trastorno del hogar familiar, el abatimiento del padre que se temió muriese o perdiese la razón durante los días siguientes a la catástrofe. Fue preciso vigilarle, no dejarle solo un instante, hacer lo imposible para distraerle y aventar su obsesión. Huot y Van der Blicke aconsejaron: —Sobre todo, no dejarlo solo. Y que no vea llorar a nadie. Se mostraba demasiado sosegado. Parecía estar sumido en continuas meditaciones. Por último, al cabo de quince días Doutreval se decidió a vivir y se avino a acompañar a Fabienne a Aix-les-Bains por algunas semanas. En cuanto a ésta debía permanecer allí más tiempo. Por lo menos tres meses, había dicho Huot. Necesitaba un largo reposo. A los dos días de su llegada Fabienne se fue a pie a Aix, distante escasamente dos kilómetros de la villa «Graziella» donde residían. Fabienne sabía que Guerran continuaba hospedado en el Continental y esperaba encontrarlo en el hotel. Le hubiera gustado mucho volver a verle y estaba segura de que también él estaría contento. Pero Guerran había salido para Blois, donde se celebraba el gran congreso anual de su partido. Había reservado sus habitaciones, pero nadie sabía si volvería y cuándo. Fabienne volvió a la villa «Graziella» un poco decepcionada. —Mucho te acuerdas de tus enfermos —bromeó Doutreval. —Es verdad. ¡Si le hubieses cuidado como yo! —¡Bah! Ya tendremos ocasión de volver a verle en Angers. Dicho sea de paso, no me disgustaría. Sería para mí una relación muy útil. Ya hablaremos de ello. Los Doutreval ocupaban toda la villa a excepción de dos pequeñas habitaciones de la planta baja que, durante la temporada veraniega, se reservaban para si los propietarios, los señores Droux. El alquiler de las restantes habitaciones constituía su principal fuente de ingresos. Todos los años, desde su más tierna edad, Fabienne pasaba algunos meses en la «Graziella» bajo los cuidados maternos de la oronda señora Droux. Allí se encontraba como en su propia casa. Cada rincón de la espaciosa huerta despertaba en ella mil recuerdos. La villa se levantaba al norte de Aix-les-Bains, un poco más allá del Petit-Port, a orillas del torrente de Sierroz. Al otro lado de un jardincillo trivial y excesivamente bien rastrillado, se extendía un campo de alfalfa plantada de ciruelos, melocotoneros y perales, y, más lejos aún, una vasta pradera donde pacían las cabras de la señora Droux; un soberbio cuadrado de tupida y verde hierba franqueado en toda su extensión por el rápido curso del Sierroz y bordeado de una hilera interminable, compacta y magnífica de altos álamos italianos, amplia colgadura palpitante y murmurante, suntuosa tapicería de follaje sobre el fondo del rosado granito de Mont-Revard. Fabienne iba en pos de las cabras u ordeñaba a Poupette, Ginette o Coquette, un grupo de chivas ariscas y traidoras, cariñosas y fantasiosas como mujeres demasiado mimadas, con sus ojos en forma de almendra, de un extraño gris de aguamarina o de un pardo subido orlado de negro. Ayudaba a la señora Droux a elaborar duros quesitos para la provisión del invierno. Revolvía el heno con el señor Droux. Sulfataba la viña que se extendía a uno y otro lado de la huerta, cercada con alambre a la altura de un hombre. Iba a echar una ojeada a los sedales colocados con disimulo en el Sierroz, las nasas, la ventradas garrafas de vidrio donde los peces, tras introducirse en ellas, quedaban aprisionados. Luego volvía a la villa, entraba en las habitaciones de la señora Droux y le pedía una tarta de queso y un jarro de fuerte y áspero vino. Después iba a la huerta a reunirse con el señor Droux. Sacaba agua del pozo bajo el espeso follaje del flexible sauce a cuyo alrededor zumbaban constantemente los mosquitos, efectuaba la «cosecha de huevos» y trepaba

a los cerezos para llenar, con destino al mercado del siguiente día, una cesta de frutos maduros y saciarse al mismo tiempo de jugosas cerezas gordales. A modo de recompensa, la señora Droux le ofrecía parte de su cena, un enorme plato de sopa donde nadaba una gruesa rebanada de pan. Y luego, una tarta de queso y un poco de vino. Una hora después, al entrar Fabienne en el comedor, declaraba a su padre con expresión melancólica: —¡Qué extraño! Esta noche no tengo apetito. A pesar de esta falta de apetito, después de una semana de reposo, reaparecían las rosas en sus mejillas y el brillo en sus ojos. Hay sufrimientos que es preciso soportar hasta el final. Actúan en el hombre como un ratón en un cadáver. Los sufrimientos deben roerle a uno hasta los huesos, hasta que falte la carne y deje uno de sufrir. Siempre se acaba por resistir todos los dolores. Pero quien carece de consuelo de la fe sólo lo logra en el agotamiento de la sensibilidad, la facultad del sufrimiento conseguida a fuerza de sufrir. Cuando uno ha muerto espiritualmente, cuando el corazón es una llaga, cuando se llega al límite extremo de las fuerzas, cuando el cerebro, extenuado, rehúsa pensar por más tiempo y ni siquiera consigue evocar y recordar, entonces el bruto reclama. Se echa uno en cama y logra conciliar el sueño. Doutreval hacía la experiencia de este interminable viaje hasta los límites de la miseria, hasta el gélido país en que no es ya posible torturarse. Era desmesuradamente largo y atroz. Sin embargo, sin razón alguna, sin saber por qué, no quería hurtarse de él. Hubiera podido viajar con Fabienne, salir, jugar, beber, leer, trabajar, visitar Grenoble, Annecy, ginebra, los centros donde colegas suyos aplicaban su método de curarización. Se lo negaba a sí mismo. Tenía la vaga sensación de que hurtándose a su dolor perdería algo infinitamente precioso; un enriquecimiento moral. No acertaba a comprenderse a sí mismo. Ni siquiera la presencia de Fabienne le consolaba. En los momentos en que su hija se acercaba a él o cuando iban a pasear juntos por el campo o cuando ella trataba de distraerle o consolarle, diríase que se acentuaba aún más la horrible sensación de vacío, de ausencia, de que sufría. Por más que Fabienne se prodigara, faltaba Mariette. Ya nadie volvería a verla jamás. Todas las ternuras de Fabienne no conseguirían reemplazar a Mariette. Después de la catástrofe, Fabienne tenía, para Doutreval, un valor cada vez más precioso. Pero cada vez que la veía no podía dejar de recordar a aquella que no volvería a ver nunca más. Por esto Doutreval solía ir solo a la montaña. Sin embargo, a veces le acompañaba Fabienne. Cruzaban el lago en barca y tomaban tierra en Bourdeau. O tomaban el autobús que los conducía hasta el túnel del Dent du Chat. Allí subían a pie hasta el collado. Doutreval se apoyaba en un bastón. A pesar de su rodilla lastimada seguía siendo un buen andarín, a condición de caminar despacio. El camino serpenteaba entre las extensiones de pastos pobres, vastos campos de hierba raquíca donde las sedientas gramíneas se iban secando. Acá y acullá, arbustos y malezas espinosas. Macizos de cardos y lampazos, una vegetación áspera, dura, bajo un sol ardoroso. No se veía ningún pájaro. Se hallaban a demasiada altura, y los pájaros no gustaban de la altitud. Pero sí había miríadas de insectos. Doutreval y Fabienne se sentaron sobre la hierba. Debajo, a cuatro mil pies, el lago no era más que una aguamarina encajada en la roca. Al otro lado, el Revard, levantado a pico sobre el abigarrado colorido de las casas y las quintas, erigía su agrietada muralla. A lo lejos, la cumbre del Chambotte se esfumaba entre las nubes de tenues vapores. Doutreval, con una ramita de espino blanco en la boca, aspiraba el espirituoso perfume de la florecilla silvestre, mientras escuchaba a su alrededor el eterno, minúsculo y formidable concierto de los millares de insectos. Pensaba con amargura en el irrisorio pulular de aquellas vidas inútiles, fermentación nacida bajo el sol y que moría con la llegada del otoño para renacer con la primavera, bulliciosa, absurda e inútil, al margen de toda idea respecto a la aventura humana que se desarrollaba a su lado. Pese a los horribles estragos que sus palabras ejercían sin duda en el alma de su hija, no podía dejar de abrir su corazón ante ella clamando su horror y su desesperación ante el espectáculo de la vida tal como la concebía. Dijo: —Piensa, Fabienne, que cuando el hombre desaparezca del mundo, la postrera conciencia, el último testimonio lúcido se extinguirá sobre la tierra. Mas en las laderas de sus montañas, esos millones de animales no dejarán de continuar su música, sus cópulas, su absurda aventura constantemente repetida, siempre igual y sin objeto alguno desde el principio de la tierra. ¿Has visto en el museo de Aix la huella de esa libélula de la época terciaria, aprisionada en un pedazo de roca? Una libélula exactamente igual a las que ahora, con sus alas azules, revolotean a nuestro alrededor. ¿Por qué desde el principio del mundo se han obstinado las libélulas en vivir, en medio del horror y destrucción perpetuos que lleva en sí la vida? Siendo más viejas que el hombre, ¿cuántos millones de siglos sobrevivirán a él antes de la extinción de toda vida sobre la capa terrestre? ¡La vida! Un juego horrible, una invención de pesadilla. Arrullados por el esplendor de aquella tarde rumorosa, Doutreval evocaba para Fabienne las carnicerías, las matanzas, las degollinas, las torturas, todo el espantoso drama que se oculta en el fondo de la hierba, echados sobre la cual gozamos de lo que llamamos la dulzura de la naturaleza. Las mantis religiosa, que devora a su macho al tiempo que éste la fecunda; la araña que estrangula a la mosca; el cercerido que con un triple agujonazo destruye científicamente los tres centros nerviosos del buprústido y se lo lleva consigo para que más tarde su larva pueda consumir, todavía vivo, al desgraciado insecto paralizado, escogiendo los bocados, esquivando con una ciencia atroz los centros vitales, conservando la vida de su víctima hasta la última

partícula de su carne. El leucopsis, el ántrax, cuyo gusano se aplica simplemente al flanco de la larva del calicodomo, la chupa a través de la piel, aspira, absorbe esa papilla viviente que es la larva y a su vez la deseca sabiamente para matarla, manteniéndola con vida hasta el último momento. El filanto, asesino de la abeja, que antes de llevarse consigo a su víctima le presiona el buche, le hace vomitar la miel y chupa la lengua de la desgraciada agonizante, que cuelga fuera de la boca. Tamaña carnicería se desarrolla en un minúsculo rincón de la tierra. Y por doquier sucede lo mismo, de punta a punta del mundo, hasta el fondo de los océanos. Y sumado a ello, todos os gérmenes que fueren, los millones de granos de polen, de simiente viviente, que no llegarán a nacer, el inimaginable derroche de vida condenada a muerte antes de haber vivido. Doutreval, sumido en un sentimiento de horror, echaba al olvido todos los principios de fe, engañosos y saludables a sus ojos, que había querido inculcar en el ánimo de Fabienne. —Ante esa destrucción, hija mía, prefiero no creer en la existencia de dios. Antes que tener fe en una inteligencia divina soberanamente indiferente, despiadada y perversa, vale más creer en la nada, en el azar, en una naturaleza brutal y absurda, enorme bestia estúpida que llevaría al hombre pegada a su flanco como una chinche, sin darse cuenta siquiera de su existencia. Un monstruo obtuso, que anda a tiendas, sordo y ciego, creando sin saber, fracasando, volviendo a empezar, chapoteando en el absurdo desde el plesiosauro hasta el microbio, matando, torturando, estrangulando, obstinándose en esfuerzos incoherentes y carentes de objetivo pero con la excusa al menos de la inconsciencia. Sí, aún es mejor ese vacío, ¿no te parece? Fabienne no contestó. Las palabras de su padre ardían en su alma como un alcohol fortísimo y amargo. Sin duda todo se hubiera aclarado si ella hubiese podido decirse: «Pero frente a todo ello existe mi propio sentimiento de rebeldía, el darme cuenta, conscientemente, de esa injusticia. Y es esto, quizá, la existencia de Dios». Mas Fabienne no pensaba en ello. Solían regresar a su casa unas veces a través del lago y otras por la carretera. En aquella ocasión Doutreval se encaminó a Aix tratando, sin conseguirlo, de ventar aquellas corrosivas obsesiones. —Sí—decía—. Quizá sea preferible a todo, la nada. ¡La nada! ¡Admitámoslo! Pero, ¿y Mariette? ¿No quedaba, pues, nada de ella? ¿También ella había quedado reducida a materia? Cuando tenía a su lado a su hija mayor y la cogía por los hombros, sintiendo en su corazón el arrullo del cariño, y leía en los ojos de Mariette el mismo cariño ¿no había allí sino simples aglomeraciones de materia? Aquella abnegación, aquel amor, aquel don de sí misma, aquel esfuerzo hacia el bien que irradiaba en Mariette, ¿era aquello la nada, pura materia? Doutreval sí, se avenía a ser materia, la nada. Se conocía, se menospreciaba y se desdeñaba a sí mismo lo bastante para resignarse a no ser nada. Pero ¿y ella? Aquella bondad, aquella rectitud, aquella ternura, aquel sentimiento del deber, ¿era posible que no hubiera sido más que un poco de gelatina, de glarina y que no subsistiera ya nada de ello? Uno acepta la nada para sí mismo, pero no se resigna jamás respecto de quienes se han reconocido el reflejo de lo bello, del bien y a quienes se ha amado mucho. ¿Y ese intenso sufrimiento de su corazón de padre? ¿Acaso también era inútil? ¿Una cosa vana y absurda? ¿Una simple reacción química, una simple e imperceptible variación en el juego de las células corticales de su cerebro? ¿Nada más sufrir y saber que nuestro sufrimiento no es más que esto: ¡Ciencia! ¡Ciencia que despoja al hombre, como escribe Jean Rostand «hasta el respeto a su sufrimiento»! ¡Qué aventura, qué maldición para el protoplasma humano, para esa combinación química que es el hombre, tornarse lúcido de repente, cobrar conciencia de todo! ¿Por qué no haber permanecido ignorantes de nuestra existencia? ¿Por qué no habremos vivido como bestias, sin saber nada de nada? ¡Clima asfixiante de la razón! Demasiado rudo y demasiado gélido para el hombre. La ciencia es como una cima. Doutreval comenzaba a preguntarse, angustiado, si el hombre puede encontrar en ella el oxígeno suficiente para vivir. «El reino de la ciencia ha abierto algo así como una época glaciaria en la historia espiritual de nuestra especie» —agrega Jean Rostand, ese ateo desesperado—. «No está aún absolutamente demostrado que la friolera alma humana pueda resistir el clima riguroso de la razón. Es muy posible que la humanidad, en su conjunto, fuese incapaz de sostener la verdad de la ciencia». «¡Vaya ciencia!» jamás hasta entonces había Doutreval comprendido tan bien la trágica ironía contenida en el título de Nietzsche. Regresó hacia el Bourdeau. Por el camino encontró el autobús que iba a Aix. Anocheecía. Doutreval atravesó a pie la riente y lujosa ciudad, con su enjambre de cosmopolitas transeúntes, sus cafés, sus pastelerías, sus mercaderes judíos de alfombras de Oriente y sus anticuarios. Por espaciosas avenidas sombreadas por recios plátanos, de corteza moteada como la piel de los leopardos, se encaminó hacia el Petit Prot. Encontraba de nuevo los suburbios, el campo, las quintas diseminadas entre los vastos jardines plantados de árboles frutales. El ocaso proyectaba su rosado resplandor sobre la alta muralla del Revard. Y de la cima de la montaña descendían lentamente acolchados vapores blancos, jirones de nubes, avalanchas milagrosamente suspendidas en los flancos de los muros de granito, encima de Aix. El indiferente esplendor de aquella incomparable naturaleza, suntuosa e impasible, inspiraba a Doutreval una especie de coraje. Pensaba, con un vago sentimiento de rebeldía, en que todas aquellas magnificencias, aquella poesía, aquellos cielos, aquellas aguas, aquellas puestas de sol, continuarían, después de la muerte, y aún subsistirían millones de siglos igualmente regulares, variados, grandiosos e inútiles, sin que ojo

humano los contemplara. Odiosa poesía, fálaz consuelo de toda aquella belleza, de aquel espléndido marco de piedra que habrá servido de decoración a la miserable y trágica aventura humana, y que mucho tiempo después del fin del hombre y de su dolor sobrevivirá frío, sereno, insensible, sin haber visto ni retenido nada, sin experimentar nada de la singular historia de esa gelatina viviente que despertó un día, pensó, sufrió y murió, sin razón ni objeto, en un ignoto rincón del universo... En la carretera, frente a una granja, había un coche parado. Los dos caballos cansados, bajaban el cuello y husmeaban el suelo resoplando en medio del polvo. Uno de ellos levantó la cabeza y, con un movimiento afectuoso la posó sobre el cuello de su compañero. Ambos animales permanecieron inmóviles. Doutreval prosiguió su camino llevando impresa en su ánimo la doliente imagen de aquel animal apoyando la cabeza sobre el cuello de su camarada de miserias. ¡Ternura, piedad, amor, extraño apego de un poco de materia por otra materia! ¡He aquí lo que es más horrible aún que la inteligencia y la conciencia! ¡Este es el drama! No porque la materia haya cobrado lucidez, sino porque experimentaba un sentimiento de afecto. Los palomos de Mariette, los perritos que tenía a su cuidado y que al cabo de tres semanas conocían ya la voz de su ama, y se volvían hacia ella más de prisa que hacia su madre, con los ojos aún lechosos en cuanto la oían hablar... Aquel viejo perro de aguas que llevó un día Doutreval al quirófano para extirparle aún con vida el cerebro convirtiéndolo en un autómatas, y que porque le había dado de comer durante tres días se puso a lamerle las manos mientras el profesor lo sujetaba, con ayuda de Regnault, encima de la mesa de vivisección. A Doutreval, cosa absurda, se le oprimió el corazón y asomaron lágrimas a sus ojos. Había dicho a los estudiantes: —Para la vivisección, señores, es conveniente atar sólidamente al animal. No debéis conocerlo de antemano y tampoco mirarle a los ojos como yo acabo de hacerlo... Regnault, que traigan otro perro y que se lleven éste. Y finalmente, Mariette tomó bajo su adopción el viejo perro de aguas. ¡Ahí residía el drama! ¡Sufrimiento y ternura en lo material! Aquel caballo de la granja, aquel animal triste y cansado que unos momentos antes, extenuado por su sufrimiento solitario, había posado amistosamente su cabeza sobre el cuello de su compañero... a Doutreval, aquella actitud del animal estuvo a punto de hacerle saltar las lágrimas. Acordóse de Nietzsche, el destructor, el negador, el filósofo de la nada, el hombre que divinizó el Yo y la crueldad despiadada, que soñó con la existencia de un superhombre liberado al fin de la moral y de la piedad y presto a pisotear a todas las víctimas para dar satisfacción a sus ansias de poder, a su orgullo... De Nietzsche, que alcanzado ya el término lógico de su horrenda concepción nihilista del mundo, en el umbral de la demencia, vaga sin objeto alguno por las calles de Turín, unos días antes de la crisis de la locura en que va a sumirse, pocos días antes de la atroz y última carta, de una agonizante lucidez, dirigida a su madre: «Madre, madre, estoy loco...». En medio de su naciente divagación, el filósofo ve, en un cruce de caminos, un viejo caballo arrastrando un fiacre, sufriendo, resignado, la lluvia de latigazos que le administra un cochero borracho. Y el autor de Mas allá del bien y del mal de El crepúsculo de los ídolos y de El anticristo, el destructor de la moral, el negador de toda caridad, de toda piedad, de toda ternura, de toda bondad, llegando a la vertiginosa y desolada cima de su absurdo pensamiento, se deja vencer por un sentimiento de compasión ante el martirio de un viejo caballo, ante la trágica y lamentable aventura de un ser que sabe que no es más que materia, pero materia sujeta a sufrimiento... Y se abraza sollozando a la cabeza de la miserable bestia. ¿Primer síntoma de desplome de un cerebro sumiso en la demencia? ¿O quizá la última y suprema lucidez del genio concibiendo en todo su pavor, en vísperas de la locura, el horror que encierra el drama de la materia viviente? Fue Fabienne la primera que aconsejó a su padre: —¿Qué te parece si te pusieras nuevamente a trabajar? Fabienne estaba preocupada porque se daba cuenta de los estragos que el dolor y la ociosidad producían en el ánimo de su padre. Doutreval vaciló. Ni siquiera la perspectiva del trabajo le hacía reaccionar. Al cabo, una carta de Regnault en la que se adjuntaban unos recortes de Prensa que había de cumplimentar, le decidió, sin la menor alegría, a regresar a Angers por espacio de una semana. En Angers se encontró con Ludovic Vallorge. Ambos se mostraron indiferentes. En las entrevistas entre suegro y yerno había entonces una vaga desazón. Nada tenían ya que decirse. El vínculo que les unía se había quebrado. Cuando estaban uno frente al otro, les embargaba, confusa y oscuramente, algo así como un turbador sentimiento de responsabilidad y de culpabilidad. Vallorge comunicó a Doutreval que iba a pasar un mes en Biarritz, en casa de los Heubel. Doutreval vio marchar a su yerno sin que le doliese tener que prescindir de su compañía. En Saint-Clément, Regnault y Groix recibieron al «patrón» con un entusiasmo que Doutreval no compartió. Ni siquiera el trabajo lograba arrancarle de su abatimiento. ¿Por qué trabajar? La muerte de Mariette le había abierto los ojos sobre la vanidad de todo lo existente. Cosas que antaño comprendía perfectamente sin estorbarle el trabajo, la filosofía nihilista que en otro tiempo no se aplicaba a sí mismo, le sumían ahora en una completa inactividad. Como si la muerte de Mariette hubiera súbitamente doblado su poder de destrucción de energías. «¿Por qué he tenido hijos? —pensaba irritado Doutreval—. ¡Un hombre como yo no debiera haber tenido hijos! Cuando uno no cree en nada, cuando se ha percatado de la vacuidad de todo y cuando lo que persigue en este mundo es ver realizado su afán de poder ¿por qué el estúpido estorbo de los hijos? ¿Debilidad? ¿Cobardía?

¿Concesión a la parte animal del alma, a esa necesidad grosera, primitiva, de amar, de apegarse a alguien que uno lleva en sí como una tara?» Harta cuenta se daba también de que hasta sus resortes activos sufrían los efectos de aquel estancamiento. En presencia de un demente, al estudiar los resultados de una experiencia emprendida o en el momento de acometer un nuevo intento, Doutreval se preguntaba a veces: —Y esto, ¿por qué? Comenzaba a no creer ya en la única cosa en la que hasta aquel momento había creído: su trabajo y su obra. ¿Valía en verdad la pena devolver a tal o cual demente la conciencia, la horrible lucidez, la facultad de comprender nuestra condición humana y de sufrir? ¿Era incluso una obra de caridad? »Si me fuera dable no haber tenido jamás conciencia —pensaba Doutreval—, ¿no consentiría en ello con todas mis fuerzas? ¿No diría que sí en seguida? ¿Qué he estado buscando, en el fondo, en el transcurso de mi vida, más que no reflexionar sobre mí, no pensar nunca en mí mismo, ni tener conciencia de nada? ¿No ser más que una máquina de trabajo? Cuando vengo aquí, al asilo, al laboratorio o al hospital; cuando me encierro en mi despacho, cuando me fatigo compulsando fichas o redactando artículos; cuando voy a ver a Jeanne Chavot, y maquinalmente, recabo de ella unos instantes de placer; cuando por la noche me acuesto, extenuado de cansancio, y aún me siento con ánimos para coger un libro, los Recuerdos entomológicos de Fabre, o una novela policíaca de Ágata Christie o de Ricarda Huch, ¿acaso no persigo más que paralizar en mí la conciencia o cloroformizarla durante una hora? ¿Acaso la misma selección de esas lecturas no lo pone en evidencia? Temas cerebrales de estudio, o un enigma policíaco en cuya lectura el corazón no se siente prendido, en los que no se corre el riesgo de que, súbitamente, en ocasión de una historia demasiado humana, demasiado verdadera, se despierte en mí la dolorosa lucidez de nuestro destino...; incluyendo esa historia que me contaba a mí mismo siendo niño antes de dormirme, y que sigo contándome, todas las noches, por espacio de algunos minutos, para mecirme al alcance del sueño, sin permitir que penetre en mí la odiosa conciencia de mi destino humano cuyo horror alejaría el sueño hasta el alba... Todo esto, mi vida entera, la vida de todos los hombres ¿no es acaso una constante huida ante la siniestra realidad de nuestra miserable condición? ¡Y es esa conciencia la que yo quiero devolver a ese pobre demente! ¿Acaso vale la pena? »En el fondo ¿por qué cuidar, por qué sanar si el hombre no es más que esto: un hombre? La medicina actual no hace más que prolongar la vida de los moribundos, la reproducción de los seres tarados y llevar a la especie humana a la degeneración. De un nacimiento de perritos, sacrificamos a los débiles y sólo guardamos a los fuertes. Los espartanos arrojaban al Taigeto a los recién nacidos deformes. Así es cómo se efectúa la selección de una especie vigorosa. Pero la raza humana se selecciona a la inversa. La guerra sólo mata a los robustos; y la medicina conserva a los físicamente indotados. Después de las guerras napoleónicas la estatura media de los franceses había experimentado una merma de tres centímetros. En los consejos de revisión militar de hoy en día la cifra de los considerados exentos asciende al cincuenta por ciento. Si el hombre no es más que un animal ¿por qué no aplicarle los métodos de la selección animal?» Al llegar a esta conclusión, Doutreval se detenía vacilante. A pesar de todo no se atrevía a llegar hasta allí. Aunque tal conclusión sea lógica, hay alguna cosa inexplicable que subleva el corazón humano a la idea de que podría, por ejemplo, organizar «apareaderos» humanos, con sementales y hembras humanos que se acoplaran para obtener los más bellos productos. Ningún legislador llegará jamás a tal extremo. Un horror instintivo nos mueve a todos contra eso, y, sin embargo, desde un punto de vista estrictamente materialista ¿por qué no llevarlo a cabo? Conflicto insoluble entre la razón y la conciencia respecto al cual nos damos cuenta, empero, que es en la conciencia donde reside la verdad. Toda nuestra Ciencia divinizada no logra darnos respuesta a tamaño problema. ¿Necesita el hombre, si quiere seguir siéndolo, algo más que la Ciencia? No obstante, existe en el trabajo un sentimiento de hábito o de automatismo que nos impele a entregarnos a él al margen de toda idea de utilidad o de necesidad. Sumido de nuevo en su valor, entre sus locos, sus ayudantes, sus experiencias y sus fichas, Doutreval echaba al olvido sus dudas, sus angustias, la probable vanidad de su esfuerzo y de su propio éxito. El trabajo disipa el olvido como una morfina. Y Doutreval se entregó de nuevo a su labor como se entrega uno a la morfina aun a sabiendas de que sólo nos proporciona un placer engañoso. Alarmado por esa fractura de la columna vertebral seguida de defunción, Groix había efectuado una serie de investigaciones. Sus conclusiones dejaron a Doutreval muy preocupado. En numerosos casos de enfermos en franca mejoría sobrevenían, tras unos meses, dolores dorsales que obligaban a los facultativos a interrumpir de nuevo el trabajo. Con frecuencia comprobábase en la espalda una redondeada gibosidad. Ningún síntoma en los enfermos, ningún dolor en el momento del tratamiento había hecho sospechar tal aplastamiento en las vértebras. En cambio, otros enfermos, sin haber sufrido ninguna fractura, se habían quejado de agudos dolores en el espinazo. No existía pues, indicio alguno, nada que advirtiera el peligro en el momento del tratamiento. Aquella semana apareció en la Revista del Médico un entrefilete que Groix dio a leer a Doutreval. Sólo seis líneas. «Fractura por aplastamiento del raquis en el curso de un acceso convulsivo determinado por la curarización... » «El doctor Scillerac presentó una enfermera sometida a tratamiento de curarización, que a la segunda inyección experimentó una crisis bastante aguda. En los días siguientes

la enferma dio muestras de un vivo dolor en la columna vertebral. La radiografía señaló una clara descalcificación en la Novena vértebra dorsal, lo que constituía probablemente una predisposición a este tipo de lesiones. De todos modos, el autor hizo hincapié sobre la pobreza sintomatológica y opinó que debe emplearse con extrema prudencia el método del profesor Doutreval». —¿Qué opina usted de esto? —dijo Groix—. Es un hecho que coincide lamentablemente con nuestras propias observaciones. Es el primer campanillazo de alarma. —¿En modo alguno! —repitió Doutreval—. No ignora usted que esta enferma se halla descalcificada. «Clara descalcificación de la D.9». ¡Scillerac ha sido un idiota al aplicar el método en semejantes condiciones! —Ninguna objeción habíamos hecho nosotros. —¿Evidentemente! ¿Acaso puedo preverlo todo? Sin embargo, no estaba por demás un poco de prudencia. Es obvio que la curarización, con sus concentraciones musculares, no es conveniente aplicarla a los desmineralizados. Es una lástima que no pueda estar en todas partes, no poseer un centro propio, bien organizado, donde recibir a los médicos que asistirían a una experiencia perfectamente preparada... Necesitaría disponer en Angers de un centro de curarización. Entretanto, voy a escribir a Scillerac. Sin embargo, se hubiese dicho que los psiquiatras no estaban sino esperando el breve entrefilete de Scillerac para desencadenar la ofensiva. No había terminado aún el mes, cuando en tres grandes revistas médicas francesas aparecieron sendos artículos señalando las mismas complicaciones y formulando idénticas reservas. Señalábase de uno y otro lado abscesos de pulmón. Y llegaban a manos de Doutreval cartas de personas que indicaban hechos análogos, o que se mostraban preocupadas, solicitando explicaciones o estadísticas. La fractura de la columna vertebral, ¿era accidental o se producía con frecuencia? Puede aceptarse un tanto por ciento de accidentes. Pero ¿el veinte por ciento? Cifras, cifras, decían las cartas. Doutreval se dispuso a acometer la abrumadora tarea de visitar de nuevo a todos los antiguos enfermos. Era necesario. Groix era pesimista, exagerado, y concluía con estadísticas alarmantes. Aquellos meses Doutreval llevó a cabo un trabajo agotador. Groix presentó unas cifras que Doutreval rechazó. Groix totalizaba un 43 por ciento de fracturas de la columna vertebral, mientras que Doutreval no admitía más que el 4 por ciento, negándose a dar valor, en las estadísticas, a todos los casos que presentaban síntomas de desmineralización. Toda una noche se pasaron discutiendo antes de mandar a la Revista del Médico el artículo de Doutreval, que fue sometido también a examen de Regnault. —¿Estos números son falsos! —dijo Groix. —¿En absoluto! Si los desmineralizados no deben ser sometidos a un tratamiento de curarización, ¿por qué han de figurar en las estadísticas? —Entonces dé usted las dos series. Todo el mundo sabrá al menos a qué atenerse. —¿Usted está loco! —exclamó Doutreval—. ¿Cuarenta y tres por ciento de fracturas? ¿Sería un suicidio! —Los números no mienten. —Los números han sido hechos para ser interpretados. Por otra parte, ya hemos discutido bastante. Yo soy el único juez en esta materia. Deme sus notas, Groix, y déjeme solo. Doutreval terminó su artículo. Regnault lo corrigió de estilo. El artículo apareció la siguiente semana en la Revista del Médico. El día siguiente Groix entró, con la revista en la mano, en el despacho de su «patrón». —Señor profesor —dijo con tono ligeramente emocionado—, le ruego que me perdone, pero voy a dejarle a usted. Doutreval se sobresaltó. —Sí, abandono la Facultad. Renuncio a la carrera profesional. Me propongo establecerme como médico en donde viven mis padres. —¿Vaya decisión! —exclamó Doutreval—. ¡Abandonarme después de tanto tiempo! Cuanto estoy a punto de alcanzar el éxito, cuando podría ofrecerle un alto cargo en el Centro que voy a abrir... Veamos, ¿cuáles son los motivos? Groix, pálido el semblante, mostró la revista. —No puedo seguirle en este terreno, profesor. —¿Ha dejado de creer en mí? —Creo que no deberíamos defender el método con esos procedimientos. Hablaba en voz baja, pero con firmeza. Acentuósele aún más la palidez. Su cicatriz cobró un tinte más sanguíneo. La sangre afluyó al rostro de Doutreval. —Está bien. Entonces, adiós, Groix. No quiero retenerle. Creo que lamentará usted su decisión. Adiós. Doutreval echó mucho de menos a Groix. Este muchachote, rubio y jovial, con su cicatriz y sus enmarañados cabellos, le había sido fiel, le había salvado la vida en una ocasión, y sus investigaciones personales habían contribuido al éxito alcanzado. Afortunadamente, le quedaba Regnault. De todos modos, Doutreval necesitaría en adelante más de los conocimientos estilísticos, de la flexibilidad y la brillantez de Regnault que de las virtudes laboriosas de Groix. Sí, todo iría bien. No se engañaba. El artículo tuvo un eco señalado y tranquilizó a los partidarios de Doutreval. La curarización continuó de nuevo sumando adeptos y sus éxitos comenzaron a propagarse como una mancha de aceite. La prensa volvió a mostrarse favorable. Los diarios parisenses solicitaban entrevistas a Doutreval. «Selecta», la gran empresa cinematográfica, mandó un equipo a Saint-Clément para «rodar» cien metros de cinta presentando en «actualidades» al profesor Doutreval «experimentando su método, que sana a los locos». Tras unos instantes de vacilación, Doutreval se sometió a ello de buen grado, según afirmó para el bien de la causa. Fue una sesión interminable que duró toda la tarde, bajo los sunlights, delante de una cortina tendida entre dos columnas de cartón piedra desmochadas a dos metros de altura. Los operarios indicaban a Doutreval los gestos que tenía que hacer y hasta el tono de su discurso, y se afanaban en disimular su cojera y que resultara fotogénico... Radio París le propuso dar unas charlas. Doutreval comenzaba a mostrarse francamente

optimista. CAPÍTULO Cuarto. Fabienne se había quedado sola en Aix. Sin embargo, estaba ya acostumbrada a esa soledad. Así había pasado la mayor parte del tiempo de sus vacaciones. Michel y Mariette pasaban allí unos días de agosto y setiembre y volvían a marcharse para la inauguración de curso. Fabienne, de salud más endeble, jamás había podido frecuentar asiduamente la escuela. Durante muchos años, de mayo a octubre, había vivido sola en la villa Graziella bajo la bonachona tutela de la señora Droux. Alquiló en el Petit-Port una graciosa y fina barquichuela, compró unos carretes de película, llegó hasta Bourdeau y la abadía de Hautecombe, en arriesgados cruceros y volvía a ser la pequeña y feliz salvajuela que había sido a sus catorce años. Los domingos los Droux y Fabienne asistían regularmente a los oficios divinos. La iglesia, una vieja capilla de montaña, era muy pequeña. Las mujeres se colocaban a la izquierda y los hombres a la derecha. Fabienne miraba de lejos al señor Droux. Como todos los que estaban a su alrededor, cantaba en voz alta, con mucha convicción. El medio del rumor del campo, Fabienne percibía su voz: Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem... Abría la boca de par en par, con los ojos fijos en el altar, como si hablase con Él y celebraba la gloria de Dios con un aplomo, una sinceridad y una devoción verdaderamente ingenuas. Al regresar a su casa, aparecía contento, feliz, como si hubiese dado fin a una provechosa tarea. Él y su mujer vivían al margen del mal, en una candorosa ignorancia. Por vez primera, Fabienne se daba cuenta de aquella candidez. Hasta entonces le había parecido natural, normal, pero desde hacía un año había aprendido mucho lo que era la vida. Escuchaba a los esposos Droux, a la sombra del emparrado cuajado de glicinas, charlar sobre los vecinos, la política, los acontecimientos, el destino, sobre todas las cosas, destacando como conclusión inevitable, con apacible certidumbre, la acción de la Providencia, sus prudentes e infalibles voluntades, siempre realizadas. Para ellos todo era excelente, moral, equitativo y bueno. El dedo de dios era infalible, así como la recompensa a los justos y el castigo a los malos que si algunas veces quizá se retrasaba era para que tuviera después más señalado eco. Así los había conocido Fabienne desde su infancia y así había vivido en aquel ambiente sin que nada le sorprendiera. Por vez primera los miraba un poco asombrada, se acordaba del hospital, de la clínica, de los sufrimientos, de las miserias, de las muertes innecesarias e inexplicables, de la tranquila e impúdica inmoralidad de los ricos, de esa existencia fácil y suave, impura y por todos admitida, que les permitía su dinero, sin que ella hubiera hasta entonces creído en la necesidad de un castigo, ni siquiera hubiese experimentado un sentimiento de remordimiento ni de indulgencia respecto a las debilidades y pecados de los humildes, que no hacían más que tratar de imitarles. Sin embargo, todo aquello existía. ¿Acaso lo ignoraban los Droux? ¿Cómo se explicarían todas esas cosas? Insinuante, traidora, con una falsa candidez, Fabienne, debajo del emparrado, en la sombra ya un poco refrescante del atardecer, intervino diciendo: —Sin embargo, señora Droux, vi en la clínica a más de una pareja de divorciados, exactamente dos, que parecían felices y en buena armonía. Los dos matrimonios se habían separado y se volvieron a casar al mismo tiempo; los maridos cambiaron simplemente de mujer. Los dos matrimonios solían visitarse y les aseguro que no se producía entre ellos el menor roce. —¡Es espantoso! —dijo la señora Droux, soltando una hilera de puntos de su labor. —No comprendo al doctor —balbució el señor Droux, lanzando enormes bocanadas de humo de su pipa—. Dejarte allí dentro... —¡Oh, sepa usted que hay algo peor que aquello...! Fabienne les hablaba de neurasténicos, morfínomanos, falsos matrimonios, adulterios, invertidos, abortos... La señora Droux la hacía callar, y el señor Droux, ahogándose en su propia humareda, prefería no oír más y se iba a regar las coles y las lechugas. Entonces Fabienne se quedaba un poco sorprendida del efecto causado. Al principio de su estancia en Epidauria, también ella, no cabía duda, había experimentado la misma impresión. Pero hacía mucho tiempo que el hábito había dado al traste con sus reparos y no sentía ya aquellas náuseas del principio. Uno llega a acostumbrarse a los monstruos. A Fabienne, el horror de lo que había visto la dejaba casi indiferente. Su «éxito» cerca de los Droux, la asombraba. No había esperado aquel resultado. Una mañana, la señora Droux llamó a Fabienne. —¡Hay alguien que pregunta por ti! ¡Una visita! Fabienne, con los pies desnudos, empuñando la hoz, tocada con un enorme sombrero de paja, corrió y se encontró de narices con Guerran. Había regresado la víspera y, enterado de que los Droux se encontraban allí, había apresurado a visitarlos. Guerran bebió leche fresca extraída de las ubres de Ginette, Poupette y todas las cabras. Granjeóse la estima de la señora Droux encomiando sus duros quesitos orlados de una leve costra de moho grisáceo. En el vino tinto, fuerte y ambarino, producto de los viñedos del señor Droux, descubría Guerran los más raros sabores. Cuando se marchó, por la noche, era ya un amigo de la casa. La señora Droux no cabía en sí de gozo al ver que un ministro condescendía en devorar sus cerezas como un simple mortal. En el «Continental» Guerran se reunió con Julienne, su mujer, y su hija Micheline. Charles, el hijo, se había quedado Angers, para «dirigir» el despacho, como solía decir, en ausencia de su padre. Como de costumbre, Julienne Guerran había pasado el día callejeando por Aix, entrando en las pastelerías, las joyerías, las tiendas judías donde se venden alfombras y pieles, y los salones de té donde se baila. Se había comprado una sortija con una gruesa cornalina, una alfombra de la mejor lana, y regresaba de un humor de perros a causa de lo que había visto y deseado sin poder

adquirirlo. Micheline, que la había acompañado a todas partes, se había aburrido soberanamente. Hubiera querido pasar la tarde en la playa, alquilar una canoa automóvil y entregarse al deporte del acuaplano, a lo que Julienne no le autorizó. Robert Bussy, el prometido de Micheline, no había escrito desde hacía dos días. Guerran prometió a su hija acompañarla al día siguiente al lago. Por el camino, pasarían por la calle de Thermes y echarían una ojeada a la capa de «renards» que Julienne ambicionaba. Ésta desarrugó un poco el ceño. Después de cenar, se marchó al Casino en el automóvil del «Continental». Pero Olivier Guerran consiguió retener a Micheline a su lado, en el hotel, y mostró gran interés por cierto cuello de marta que ella había visto en casa del peletero. Desde entonces, un par de veces por semana, Guerran hacía una visita a los moradores de la villa Graziella. Al salir del «Continental», a travesaba la ciudad por el Petit-Port y al llegar a Graziella tiraba de la campanilla. Su sonido, ya familiar, le producía un gozo singular. A veces Fabienne se hallaba ausente. Remaba en el lago y no estaría de regreso hasta la noche. Mientras la esperaba, Guerran departía con el señor Droux evocando recuerdos de la guerra, de Verdún, donde ambos habían luchado. Sin embargo, a pesar de que por aquellos días sólo veía a Fabienne a veces escasos minutos, Guerran estaba contento y tenía la impresión de haber pasado una buena tarde. En el fondo, lo que iba a buscar no era la compañía de una muchacha que le había cuidado con gran desvelo y a quien apreciaba mucho, pero que no era, a pesar de todo, más que una chiquilla, una criatura... Diríase que lo que anhelaba era la calma, la paz, la rústica sencillez, el ambiente acogedor, sincero, natural, de la villa Graziella. Pero cuando Fabienne se encontraba allí todo le parecía más alegre. Por las tardes salían de la villa y se iban hasta Teresserve. Enfilaban un empinado sendero, a través de los campos y los bosques, hasta alcanzar una cima desprovista de arbolado desde donde se veía a sus pies la límpida aguamarina del lago, con sus barcas, la dorada playa festoneada de césped, las casetas blancas y encarnadas, y la liliputiense y abigarrada multitud integrada casi toda ella por bañistas. A lo lejos, el lago cobraba el tono azulado de ultramar. Las lejanas riberas del Bourdeaux, de Hautecombe, con sus estrechos campos de verdor, sus esbeltos álamos y sus casitas de techumbre plana, evocaban, oteadas a través de la transparencia del aire puro, la esplendidez de los lagos italianos. Los dos paseantes se sentaban en un banco, cerca de la piedra levantada a la memoria de Elvira. Guerran charlaba entonces sobre el genio, la gloria y multitud de otras cosas vanas. La eterna idea de la inutilidad de todo le obsesionaba y le dejaba triste y pensativo. —¡Qué curioso! —decía Fabienne—. Usted, a quien nada le ha regateado la vida, que ha triunfado, que es célebre, que ha gozado del poder y que volverá a gozar de él, es un hombre triste. ¡Duda usted, y, como a un vencido, le embarga la melancolía! No le comprendo, señor Guerran. — Los demás, señorita Fabienne, pueden todavía esperar. Pueden creer, si no han triunfado, que por lo menos los fines alcanzados merecían que uno luchase por ellos. En cambio yo... —Sin embargo, no le han faltado a usted alegrías. —Sí. El placer de deslumbrar, despertar envidias, inspirar odios... ¡Cuando pienso en las pequeñas satisfacciones, ínfimas y mezquinas, por las cuales uno se agota hasta dar su vida! En cambio, para el que no cree en nada, nada vale la pena de hacer un esfuerzo. ¡Nada! Ni el dinero, ni el poder, ni la gloria, ni siquiera la sabiduría. En el fondo, para emprender cualquier cosa, es preciso tener fè; fè, a mi parecer, en algo que no exista en este mundo. Pues entonces uno acepta la vanidad de todo porque espera otra cosa, puesto que no es aquél el objetivo, puesto que no se tiene un propósito, un fin al margen de esta vida... Y a mí, que no puedo creer, me ha perseguido siempre esa idea, ese perpetuo ¿por qué?, esa obsesión esterilizadora de la formidable inutilidad de todo: trabajo, amistades, familia... — Sin embargo, la profesión de usted... —Sí, sí... Pero también el trabajo es una vanidad, señorita Fabienne. Un alcohol, un opio. O entonces, sería necesario trabajar para otra cosa que para sí mismos... Hizo historia de su matrimonio, cómo conoció a Julienne en un café y se unió a ella porque la señora de Nouys, su anciana madrina, tenía interés en que se casaran. Hablaba con frecuencia de la señora de Nouys, de su ternura, de su piedad, del orden y la nitidez que presidían su vida. —Yo tenía dos relaciones a un tiempo —decía Guerran—, Julienne y una muchacha a quien cortejaba en París, muy educada y de buena familia. Ésta era la que yo prefería y con quien hubiera querido casarme. Pero Julienne tenía un hijo, mi pequeño Charles... Hablé de ello a mi madrina, y ambos reflexionamos. Acabamos los dos por comprender que yo debía sacrificarme y casarme con Julienne a causa del hijo... Y la acepté de buen grado, porque mi madrina me inculcó durante mi infancia sanos principios. Sin embargo, lo que me impulsaba a hacer era una idiotez, una locura. Aún no comprendo cómo consentí. Me daba cuenta del sacrificio que me imponía. Las cosas sucedieron como en tiempo de guerra. ¡Si usted supiera la ayuda que recibí de mi madrina! Gracias a ella cumplí con mi deber, quizá con creces. No sentía miedo de morir. Aquella mujer era maravillosa. Me aconsejaba y me hacía ir por donde ella quería. Después de mi matrimonio, dejé de verla. Julienne, ignoro las causas, no quería ni siquiera oírla y la odiaba. En el fondo, debía de estar celosa de ella. Celosa de verla demasiado encumbrada. Eso creo, al menos... »Después hemos vivido, simplemente. Micheline vino al mundo. Julienne continuaba vaciándome los bolsillos, gastando todo el dinero que yo ganaba, disputando continuamente... La vida conyugal. ¡Bah! Por doquier es lo mismo. Los buenos matrimonios pueden contarse con los dedos de una mano. Ya

ha tenido usted ocasión de comprobarlo en Epidauria. Más adelante tuve una amante, una mujer muy rica e inteligente. Eso duró seis años. Sí... la abandoné por Micheline, por mi hija. Iba haciéndose mujer y Julienne se lo habría explicado todo... Y yo no quería perder a Micheline. Mi mujer se había apoderado de Charles, y me robó el corazón del muchacho. Y yo me dije: «Yo tendré la hija. Micheline será para mí...» Entonces, puse fin a mis relaciones ilegítimas. Me apenó mucho hacerlo, puede usted estar segura. También ella sintió mucha pena. Más que yo, me figuré... Me amaba a su modo... A modo de todo el mundo, lo que significa que se amaba a sí misma en mí. ¿Charles? No, él no decía nada. Yo había comprado su silencio. Sí, comprado. Un reloj de oro y el permiso para fumar. Todo transcurrió muy fácilmente... Uno y otro nos comprendíamos. Además, aquella mujer tenía mucho dinero. Hablaba de establecer a Charles, de ayudarme... Charles lo sabía... Ella le inspiraba un sentimiento de indulgencia. No digo que todo eso nos lo confesáramos unos a otros... Pero todos nos dábamos cuenta... »En el fondo, todos los amores del hombre no ocultan sino un afán de dominio, un egoísmo. Uno ama para sí mismo. Siempre. —Casi siempre —decía Fabienne. Hubo un silencio. Guerran miró a lo lejos las tranquilas y azuladas aguas. Un vapor de paletas, rumbo a Hautecombe, despedía una turbia humareda. Tras unos momentos de reflexión, Guerran prosiguió: —¿Sabe usted lo que a veces he pensado, señorita Fabienne? De cuando en cuando me he dicho a mí mismo que hubiera debido casarme con una mujer como mi anciana madrina. Sí, como la señora de Nouys. Creo que mi vida hubiese sido muy distinta. Me sentiría capaz de hacer muchas cosas. Incluso de guardar fidelidad a una compañera con tal de que hubiese sido como mi madrina, que me hubiese querido con un amor que no hubiera sido egoísta, que me hubiese amado por mí mismo, deseando mi verdadero bienestar... entonces hubiera sido capaz de todo porque hubiese creído en algo, en alguien. En el fondo, yo debo ser un idealista truncado, un fracasado del idealismo, que jamás logrará consolarse. »¡Crear, Dios mío! ¡Crear en algo! Ser el hombre que empuña un fusil para que le agujereen la piel, que no ve más allá, que cree en la verdad de una causa. En realidad (¡qué curioso!) nunca había sido moralmente feliz como durante la guerra. »¿Le he dicho ya que también Julienne me había engañado? Una vez, al menos, estoy seguro. Y quizá en otra ocasión, en Biarritz, mientras yo estaba en Angers trabajando para ella. Bien es verdad que por aquel tiempo mis relaciones ilegítimas estaban en su apogeo... Pues sí, en Biarritz, recibí un anónimo. Ni siquiera me tomé la molestia de comprobar la verdad. Pero Micheline quizá no sea hija mía. ¿Le extraña a usted? ¿Le hace a usted sobresaltarse? Fíjese en sus ojos: no son los míos ni los de Julienne. Ni mis cabellos. Micheline tiene un pelo rubio, espléndido... en una ocasión Julienne llegó a medianoche a Biarritz. Una pasión repentina... Al día siguiente volvía a marcharse... Justo el tiempo necesario para que yo no me enterase de nada. Y Micheline vino al mundo al cabo de siete meses. Pero eso no me atormentaba mucho. En el fondo, no tiene gran importancia. Guerran regresó a Angers. Su estancia duró tres semanas. Se encontró en dos ocasiones con Doutreval y hablaron largamente de Fabienne, lo que satisfizo al profesor. Guerran podía ser una palanca poderosa el día en que se presentara la ocasión de realizar el proyecto de un Centro de curarización. Además, Doutreval estimaba cada vez más necesaria la existencia del Centro. Su método era más delicado de lo que creyera, había que ir con tiento y era requisito indispensable contar con observaciones previas sobre los enfermos... Precisébase a toda costa de un Centro donde los psiquiatras asistieran a sus trabajos y tomaran lecciones. Pero Doutreval no contaba con un local a propósito y carecía además de dinero. Lo esencial. Y entretanto, un farsante como Gaffiaux, el presidente de la «Mutuelle Artisanale», hacía levantar una clínica fastuosa que sólo serviría para arruinar a todos los cirujanos del país. «¡Si sólo contara con la cuarta parte del dinero de lo que ha costado este palacio!», pensaba Doutreval. Al hablar de Fabienne con Guerran se acordó entonces de su hija. Se reprochó haberla tenido demasiado en el olvido y se fue a Aix por algunos días. Encontró a Fabienne sola, inquieta, melancólica, triste y desazonada sin razón aparente. Nerviosa, no se apartaba un momento del lado de su padre, le rogó que se quedara con ella en Aix hasta el final de la temporada y le propuso efectuar una excursión a los lagos italianos, a Como y a Garda, que había visto una vez siendo niña. Doutreval trató de hacerla desistir de tales proyectos y preocupaciones... Fabienne había leído demasiadas novelas, devorando a Stendhal, y La Cartuja de Parma, con su desenvuelta moral y magnífica pintura de la existencia italiana, la había subyugado. —Volvamos a Angers —dijo Fabienne—. Iré contigo y trabajaré a tu lado. —Todavía no —respondió Doutreval—. Nada está a punto. Dentro de seis meses. Durante este tiempo, Doutreval contaba superar el obstáculo imprevisto que había surgido. Por el momento, le hubiera sido insoportable hacer partícipe a Fabienne de sus dificultades y fracasos. Regresó solo a Angers y reanudó sus investigaciones con Regnault. Las críticas que le habían sido dirigidas contenían un innegable fondo de verdad: las fracturas de la columna vertebral eran, con mucho, demasiado frecuentes. Una simple cuestión de «mise au point», pero bastante delicada. En principio era indispensable, antes del tratamiento, un severísimo «control» de los enfermos, y lo cierto era que Doutreval lo había descuidado demasiado. Ancianos, anémicos, desmineralizados o, por el contrario, enfermos demasiado robustos no podían ser tratados sin incurrir en riesgo de fracturas. En cuanto a los demás, incluso en curso

de tratamiento habían de ser sometidos continuamente a la acción de los rayos X que revelarían el menor aplastamiento de las vértebras. Por otra parte, Doutreval se aplicaba a variar la dosis, persiguiendo en cada caso el mínimo posible. Pero era difícil fijar este «umbral». Mientras un enfermo permanecía insensible con diez centímetros cúbicos, en otro un centímetro cúbico provocaba de pronto una crisis espantosa. Por su parte, Regnoul buscaba otros convulsivos, probaba el triazol, el asoman, trataba de amortiguar los espasmos musculares mediante el veronal y el gardenal, y, antes del experimento, proponía fortificar el sistema óseo del enfermo por medio de enormes dosis de fosfato de cal irradiada. Mientras, practicaba nuevos experimentos. Antes de que sobreviniera la crisis, inyectaba en la columna vertebral del demente una dosis de anestésico que paralizaba durante unas horas los músculos e impedía su contracción. No era posible aún pronunciarse sobre ninguna de tales pruebas. En suma, Doutreval se confesaba a sí mismo algunas veces que había ido demasiado de prisa. Se había dejado dominar por el orgullo. Había cantado victoria demasiado pronto. El éxito era menos completo y menos definitivo de lo que él había creído. El tratamiento de algunos enfermos encerraba todavía no pocos peligros. Respecto a los demás, el método había de ser profundamente modificado, sin resultado cierto ni definitivo. Doutreval estaba aún en pleno triunfo, el concierto de elogios y el entusiasmo eran todavía unánimes, pero, a su juicio, el gusano se había introducido ya en el fruto. Cuando nadie dudaba, Doutreval comenzaba ya a dudar. Trataba de consolarse. Después de todo, si llegase a curar el veinte por ciento de sus esquizofrénicos el resultado sería ya excelente, pues nada hay absoluto en medicina. No podía pedirse cosa mejor. Pero todo eso no le satisfacía. No era ciertamente lo que él había soñado. Guerran volvió tres días después de la marcha de Doutreval. Regresó solo a Aix. Era aún septiembre. Julienne y Micheline se habían quedado en Angers, para que esta última pudiese volver a la escuela en octubre. Se había retrasado mucho en los estudios y hasta el año siguiente no pasaría el examen de bachillerato. Hasta entonces Guerran había frecuentado en Aix el Casino y sus risueños lujosos y mundanos alrededores. Fabienne le había hecho conocer Tresserve, adonde llegaron a través de senderos y empinados caminos. Acabó de descubrirle Aix. Una mañana le acompañó al mercado. Guerran erró, con la cabeza descubierta y arremangados los brazos, pantalón de franela y camisa Lacoste, en un delicioso anonimato, por entre los puestos de queso, catando la leche cuajada y regalándose con las muestras que las vendedoras extraían para él, del seno de sus quesos de Tomme de corteza gris y carne blanca. Todo le parecía magnífico, sabroso, valioso, singular. Aves de corral, huevos, quesos, frutas. Guerran veía acá y acullá un racimo de uvas en su lecho de pámpanos, dos hermosas peras maduras envueltas en heno seco, una libra de mantequilla rezumando aún agua fresca y pacientemente esculpida con la punta de un cuchillo. Todo le dejaba deslumbrado, se separaba de Fabienne a cada momento, sacaba la cartera, perdía el dinero, y cargaba con estragón, fresas y achicorias silvestres, un manojo de ciclamino, una cesta de moras, un queso blanco, un cubo de miel todavía aprisionado como una luz líquida en las hexagonales y regulares células de cera. Cosas frescas, perfumadas, agrestes, silvestres, que no suelen verse en las ciudades. Luego Fabienne alzaba los brazos al cielo porque Guerran ni siquiera había regateado. Con frecuencia, de regreso del a expedición, desdeñaba el Continental, sus pescados raros, con salsas complicadas, y sus copas Melba. Aceptaba la invitación de la señora Droux y almorzaba con los huéspedes de la villa: una ensalada con huevos duros, un plato de «champignons» con escalonias, una tajada de queso blanco aderezado con estragón y una ensaladera llena de melocotones. Por las tardes se iban al lago. Atravesaban remando todo el Bourget hasta el pie del Dent du Chat. Allí se detenían en una ribera arenosa, junto a unas viejas construcciones medio derruidas, permanecían largo tiempo en la barca, dejándose mecer y charlando. Guerran evocaba, una vez más, a Fabienne recuerdos de su madrina, la señora de Nouys, describía su figura, repetía sus palabras, hablaba de sus hábitos, de su modo de andar, de vestirse, de vivir, del bien que ella le había prodigado. Estas evocaciones, en aquella hora y en aquel paraje, le producían una dulce y extraña sensación de bienestar. De pronto hacía un gesto, se encogía de hombros como para ahuyentar el pasado y decía: —¡Vamos, señorita Fabienne! Será mejor que vayamos a coger moras. El último día el mal tiempo los sorprendió cuando estaban los dos en Bourget. Guerran había de regresar a París al día siguiente. Estaba pensativo y no hablaba. Cuando la barca llegó al centro del lago, levantóse bruscamente un viento Suroeste acompañado de un hálito cálido y pesado. En tres minutos la decoración cambió por completo. Una avalancha de nubes negruzcas invadió el cielo con una desconcertante rapidez. La luz se tornó de un color amarillo sucio, ceniciento, lúgubre. La barca dio media vuelta y a fuerza de remos puso rumbo hacia el Norte. De cuando en cuando las aguas barrían la popa de la embarcación. Todo el lago era un erizamiento de olas embravecidas, un caos de nubes fuliginosas. Nada podía discernirse. Los navegantes sólo podían contar con el viento Sudoeste que sopla en dirección a la playa y que al mismo tiempo que constituía una amenaza, ayudaba a los remos. Cuando la barca, medio sumergida, penetró en las tranquilas aguas del Petit-Port, Guerran se enjugó la frente y dio un resoplido. Tenía miedo por Fabienne. Saltaron a tierra, se miraron y se sonrieron en medio de la borrasca. Guerran quiso acompañar a Fabienne hasta la villa por la avenida que bordeaba el lago. Las nubes se

resquebrajaron, y, a poco, un fuerte chubasco descargó sobre el asfalto y sobre el lago gris y atormentado, abriéndose paso a través del tupido follaje de los plátanos. Caminaron bajo el arbolado de donde caían gruesas y heladas gotas. Fabienne, sin nada en la cabeza, con la delgada blusa empapada de agua, tiritaba de frío. Guerran le cubrió la cabeza y los hombros con el impermeable de seda que llevaba, a guisa de una voluminosa manta. Así, a cubierto de la lluvia y del viento, Fabienne se sentía bien. Pero entonces fue Guerran, con la camisa arremangada y destocado, quien comenzó a chorrear. Fabienne le obligó a guarecerse debajo del impermeable y a abrigarse en lo posible con uno de los faldones de la prenda. Así caminaron los dos, a buen paso, cogidos del brazo, bajo la protección del impermeable mientras la lluvia crepitaba sobre sus cabezas flagelando el lago encrespado sobre cuya superficie se deslizaban, cual fantasmas, negras y tupidas brumas. Al principio, Guerran bromeaba, se reía y cantaba canciones de sus tiempos de soldado, aires de marchas militares que ritmaban sus pasos. Luego, a medida que iban acercándose a villa Graziel-la, dejó de cantar y no dijo un apalabra más. También Fabienne guardaba silencio. Guerran, con el corazón oprimido, pensaba ya en la despedida, en todo cuanto iba a terminarse dentro de unos minutos, en las cosas que tan caras le habían sido, en las horas dulces transcurridas a orilla del hermoso lago, en la singular etapa de su vida que dentro de poco no sería más que un bello recuerdo lleno de no sabía qué inexplicable melancolía. Pensaba en el adiós de Fabienne, sin duda antes de entrar en la villa, bajo el espeso follaje del catalpa. Y sintió una opresión en el pecho, como si le entraran deseos de llorar. Había cesado de llover. Guerran se quitó el impermeable y caminó al lado de Fabienne. Llegaron al Sierroz. Atravesaron el puente, torcieron a la derecha y flanquearon la orilla por un camino bordeado de juncos y cañaverales. De pronto, Guerran se detuvo. Fabienne, sorprendida, se detuvo también y le miró. —Señorita Fabienne —dijo Guerran afirmando la voz—, vamos a despedirnos aquí... Fabienne no contestó. Y Guerran prosiguió: —Todo ha terminado... Ya no la veré a usted más... Usted ha sido para mí una camarada, una compañera... No sabría decirle el bien que me ha hecho, lo felices que han sido los días que he pasado con usted y qué recuerdos me llevaré de usted. Se lo agradezco mucho... —Yo también —balbució Fabienne—. Yo también, yo... me ha gustado mucho su compañía, señor Guerran. —Sí, sí, lo sé... Pero usted es joven, Fabienne, usted es la juventud. Todo esto no cuenta mucho para usted. Unas buenas vacaciones, eso es todo. En cuanto, para mí... para mí es distinto, sí, es distinto... Hubo un silencio. Fabienne aguardaba. Guerran continuó: —Con frecuencia le he hablado de mi madrina, Fabienne. Le he revelado mis pensamientos, mis penas, la sensación que he tenido, al recordarla a ella, del fracaso de mi vida, de haber frustrado la ocasión de conseguir la felicidad. Ahora, al abandonar esta montaña, estos campos, este lago, tengo la impresión de haber, por segunda vez, rozado la felicidad sin poder alcanzarla, de que mi vida ha fracasado una vez más... Le digo a usted esto con la mayor sencillez porque no puede haber entre nosotros ningún equívoco. Un abismo nos separa. Usted es joven y yo soy viejo... Por eso puedo hablarle como lo hago, rememorar en su presencia mis sueños, lo que habría podido ocurrir si hubiésemos tenido la misma edad, si hubiéramos podido, por un capricho del destino, encontrarnos aquí veinte años atrás... Me comprende, ¿verdad? ¿No se siente usted molesta... o sorprendida? —No... —murmuró Fabienne en un susurro. —Un desengaño... Nada más que esto... Un desengaño de hombre ya caduco, que ve desfilar ante él la juventud, una risueña juventud llena de promesas y que se dice a sí mismo con un poco de tristeza, acordándose de su pasado. Quien la haga su compañera, irá lejos, será fuerte y feliz... Esto es todo... Y he querido decírselo porque me hubiera sido penoso, al marcharme, no agradecerle el bien que me ha hecho. —¿Bien? —Sí. Ya no se cree en nada. El mundo se le ha revelado a usted como un caos lleno de casualidades. En el camino sólo se encuentra egoísmo, egoísmo de ambición, de dinero, de la familia y del amor... Uno se cree seguro de la vacuidad de todo y, súbitamente, se encuentra en su camino a alguien, un rostro humano, una sinceridad, una rectitud, una abnegación que resucita el enigma, que plantea de nuevo el problema, todo el problema, todo el problema de nuestro destino. Para mí ese rostro ha sido el de usted. Usted me había devuelto la esperanza en algo. Lo que ahora soy, debe usted perdonármelo. Si la hubiese conocido antes, si nuestras vidas hubieran sido paralelas en lugar de cruzarse, yo habría sido para usted un hombre distinto. Siento envidia hacia el que sea objeto de su elección. Porque usted será una mujer, una verdadera mujer. Un día hará usted feliz a un hombre, y le trazará un bello destino. Puede usted tener fe en sí misma. En cuanto a mí, cuando en adelante me atosigaré la duda acerca de los nombres, traeré a mi memoria el recuerdo de usted... Se puso nuevamente en camino a través de los cañaverales, con la cabeza baja. Volvía a llover. Su cabeza chorreaba, pero ni siquiera se daba cuenta de ello. Fabienne caminaba a su lado, pensativa, con los ojos fijos en el suelo. —Vamos —dijo Guerran—, faltan diez pasos... Ahora cinco... Hemos llegado. Todo ha terminado... Adiós, señorita Fabienne... Gracias... Que sea usted feliz... Se lo merece usted. ¿Se acordará usted de su viejo amigo Guerran? Yo... yo no la olvidaré. El más hermoso recuerdo de mi vida... la imagen de lo que hubiera debido ser mi destino... ¡Vamos! Ya es hora. Un fuerte apretón de manos, señorita Fabienne... La miraba a los ojos, y aunque un poco pálido, le sonreía. Fabienne no le dio la mano.

Se cogió de su brazo y murmuró: —Caminemos un centenar de metros... Hasta el recodo. Heroico, Guerran bromeó: —¡Sea! Prolonguemos el suplicio. Recogió un faldón del impermeable. Caminaron uno al lado del otro un centenar de metros, hasta el lugar donde el sendero, apartándose de la orilla, se orientaba hacia el prado. Guerran se detuvo. —Señorita Fabienne, el plazo de gracia ha expirado. Le temblaba la voz. En sus ojos oscuros se reflejaba una dolorosa sensación de angustia. Mas, animoso hasta el final, seguía sonriendo. Tendía a Fabienne sus grandes manos abiertas, dos manos cálidas y amistosas... La muchacha depositó en ellas las suyas. Permaneció un momento inmóvil, mirándole de una manera singular. Luego, lo atrajo hacia sí y reclinó su cabeza sobre sus hombros. Guerran quedó turbado y deslumbrado a la vez. (*corona 5 de mayo*).

Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van Der Mersch Libro Segundo Primera Parte Cap Tulos 1 Al 4

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>